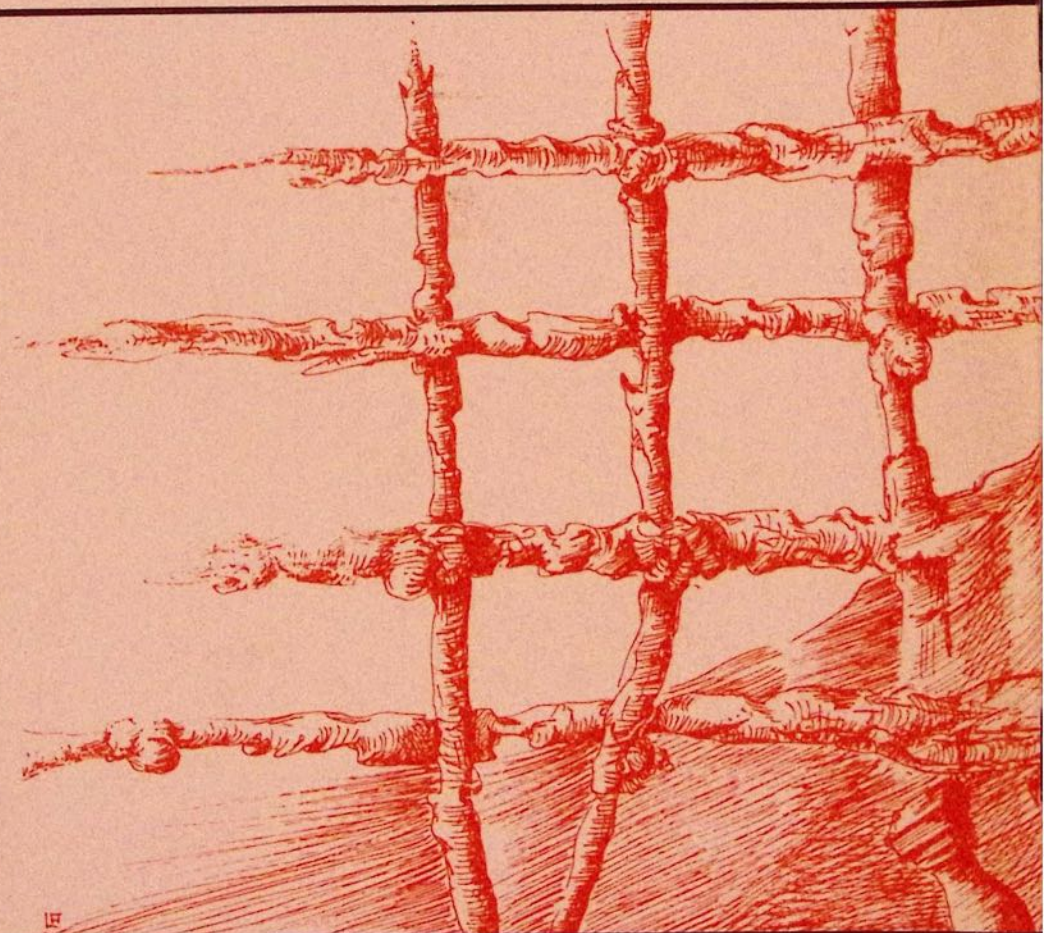


PENSAMIENTO SOCIALISTA



PENSAMIENTO SOCIALISTA

PENSAMIENTO
SOCIALISTA
Tribuna chilena de
ideología y política

Año VII. N.º 28
Mayo-Junio de 1983
Aportación: 1.50 dólar (o su equivalente)
España: 200 pesetas

DIRECTOR: OSCAR WAISS

EDITOR: P. S. Ch.

CONSEJO DE REDACCION: Carlos Altamirano, Erich Schnake, Jorge Arrate,
Luis Jerez, Dr. Enrique Sepúlveda, Carlos Fortín, Alejandro Jiliberto, Juan Bustos.

PORTADA: Luis Arencibia.

SUMARIO	Pág.
EDITORIALES (Centroamérica en llamas).....	3
POLITICA	
¿Todo por la democracia? Isidoro Bustos.....	7
Liberación: cristianos y marxistas. Hector Vega.....	15
Lucha y perspectivas del sindicalismo chileno. Luis Meneses.....	19
ANALISIS	
La mujer latinoamericana. Alicia Herrera	22
INTERNACIONAL	
Perú: crisis sin salida y perspectiva popular. Ricardo Napurí.....	28
DOCUMENTOS	
Carta de Raúl Ampuero	33
Manifiesto Democrático	35
Carta Abierta de la Convergencia Socialista.....	37
Acuerdos de Unidad en Chile.....	38
ARTE	
Vidrios de amor. Magda Portal.....	42
LIBROS Y REVISTAS.....	43

CORRESPONDENCIA
Y CANJES:

Oscar Waiss
Marqués de Cubas, 12 (5.º - A)
Madrid-España

LOS ARTICULOS FIRMADOS REPRESENTAN LA OPINION DE SUS AUTORES Y LA REVISTA NO COMPARTES, NECESARIAMENTE, SU CONTENIDO. LA REDACCION SE HACE RESPONSABLE DE LOS EDITORIALES Y DE LOS TRABAJOS QUE NO LLEVAN FIRMA DE AUTOR.

EDITORIALES

Centroamérica en llamas

1 La filosofía política del imperialismo es de un cinismo desconcertante, ya que adora en una zona del mundo lo que quema en la otra. Denuncia con simulada indignación las intromisiones de una potencia en Hungría, Checoslovaquia, Polonia o Afganistán, mientras interviene brutal y descaradamente en Chile, Bolivia, El Salvador, Guatemala o Nicaragua. Lo que define como crímenes, en una región del planeta, pasa a ser legítimo, en la otra.

Un ejemplo reciente ilustra esta contradicción; cuando se pretendió, en una reunión internacional, sostener el derecho de Puerto Rico a su independencia, Estados Unidos protestó por esta «injerencia» en sus asuntos internos. Pero cuando la Casa Blanca y el Pentágono envían consejeros militares y combatientes propiamente tales al territorio de Nicaragua, están —según ellos— defendiendo sus propias fronteras.

Pese a la grosera expresión de los designios norteamericanos para cumplir con su «destino manifiesto» la opinión pública mundial suele confundirse, ya que opera en la justificación de ellos el sector de los medios de comunicación social pertenecientes al «sistema transnacional de poder», inspirado y financiado por los grandes consorcios monopolísticos mundiales, que distorsionan los hechos y orientan las interpretaciones en forma que las víctimas aparecen como criminales y los victimarios como inocentes.

El flujo de armas, tradicionales y sofisticadas, al conjunto de los países de América Latina —con las excepciones lógicas de Cuba y Nicaragua— es ejercido por el imperialismo norteamericano, con la participación descarada de Israel y Sudáfrica, y solapada de otras naciones capitalistas, especialmente europeas, lo que le permite obtener dos resultados simultáneos: uno es mantener latentes los conflictos limítrofes a fin de poder, en el momento dado, lanzar a unos países contra sus vecinos y, el otro, conseguir enormes beneficios del tráfico bélico artificialmente incentivado.

Subsidiariamente, se suele permitir a los países relativamente más desarrollados —o, mejor, menos subdesarrollados— ser la sede de filiales de los monopolios transnacionales a fin de fabricar armamentos aprovechando la mano de obra barata y, en ocasiones, la proximidad de fuentes de materias primas, lo que disminuye los costos de producción y facilita la acumulación de ganancias. Incluso, como demostración de magnanimidad, se permite a oficiales de las fuerzas armadas de estos países, «practicar» las enseñanzas recibidas en la metrópoli imperial en el campo ensangrentado de los reductos centroamericanos, como fue, y todavía es, el caso de los militares argentinos que prestan servicios de entrenamiento «antisubversivo» en el territorio de El Salvador.

2 La agresión contra el gobierno legítimo de Nicaragua supera aún, por su descarada insolencia, la sangrienta intromisión en los asuntos de Chile, durante el tiempo de la presidencia del compañero Salvador Allende. A Chile se le desestabilizó utilizando a yanconas que vestían el uniforme nacional; a Nicaragua se le ataca con efectivos propiamente norteamericanos, que se suman a los maleantes somozistas y a otros elementos reaccionarios, todos ellos apertrechados generosamente por el imperialismo.

Las maniobras militares conjuntas realizadas por Estados Unidos y Honduras el 1.º de febrero de este año, en la frontera con Nicaragua y de carácter visiblemente provocativo, tuvieron como objetivo, no sólo atemorizar a los nicaragüenses, sino desalentar a los guerrilleros de El Salvador y Guatemala. Seis meses antes se habían efectuado maniobras de «desplazamiento combinado» durante las cuales el ejército norteamericano trasladó en el sur de Honduras un batallón de ese país y más de 4.000 toneladas de carga militar hacia la zona donde están ubicados 6.000 guardias somozistas que actualmente tratan de penetrar en el territorio de Nicaragua.

Ya no se guardan las formas ni se adoptan las precauciones que pudieran servir para retorcidas explicaciones; el gobierno de Reagan ha decidido eliminar al gobierno que libremente se ha dado el pueblo nicaraguense anunciando, además, con una desvergüenza incomparable, que luego le tocará su turno a Cuba. Lo que sí olvida el cowboy que domina Washington es la experiencia de Vietnam, donde un pueblo débil y pobrísimo arrasó con las ilusiones y las pretensiones del ejército más poderoso de la tierra. Nicaragua puede ser otro Vietnam y la opinión pública norteamericana comienza a alarmarse ante los desplantes «cinematográficos» de su presidente.

Recientemente 116 delegaciones de Asia, Africa, Europa y América Latina, reunidas en Managua por convocatoria del Movimiento de los No Alineados, condenaron enérgicamente el uso del territorio de Estados Unidos, de Honduras y de otros países centroamericanos, para iniciar expediciones militares contra una nación soberana como es Nicaragua. Idénticos acuerdos han sido adoptados en otros foros internacionales y todos ellos han sido olímpicamente ignorados por los agresores.

Si éste es el «mundo libre» propiciado por el gobierno de Reagan y tal su concepto de resguardo de la libertad y de la democracia, resulta difícil comprender los ataques dirigidos contra los países donde impera el «socialismo real». Si la defensa de la democracia implica el sostenimiento de las dictaduras más brutales y la intervención directa en los asuntos de naciones débiles —sin contar las presiones ejercidas sobre los países industrializados— no se puede silenciar la trágica farsa de que somos víctimas todos los habitantes del planeta.

3 No podemos callar, tampoco, ante la conducta, por lo menos ambigua, que caracterizó la reciente visita del Papa a los países de la

zona convulsionada y ensangrentada de Centroamérica. Ante la tumba de Monseñor Romero, en El Salvador, no fue capaz de condenar a los asesinos sino que trató de matizar el crimen con palabras convencionales que traducían su compromiso con el poder. El Jefe de la Iglesia Católica debería saber que con la sangre no se transa, que con el delito no se negocia, que con el cinismo no se entra en compromisos. Un crimen es un crimen y un asesinato es un asesinato. El ejemplo dado por el Papa Wojtila contradice la significación de la entrega y el sacrificio de innumerables sacerdotes, monjas y combatientes cristianos que han caído, unos, y siguen luchando, otros, por la causa de la liberación y de la dignidad de los pueblos de nuestro subcontinente.

Una vez más insistimos en la distancia que existe entre el pueblo cristiano, por una parte, y la jerarquía eclesiástica, por la otra; es necesario, también distinguir entre la actitud que adoptan algunos prelados y la que asumen otros; en algunos países, como Chile, la jerarquía se ha jugado, mayoritariamente, por la empresa popular, mientras que en Argentina, para dar un solo ejemplo, los obispos no se atreven a desafiar a las cumbres militares. Frente a estas divisiones o vacilaciones el papel jugado por el Papa polaco ha sido el de servir de freno a las actitudes iconoclastas de los sacerdotes que comparten la «teología de la liberación», orientando en cambio a la jerarquía a predicar un evangelio abstracto e inofensivo.

No hay fórmulas absolutas ni esquemas fijos para encasillar a los poderes fácticos en los diversos países de América Latina; ni las fuerzas armadas son, necesariamente, defensoras empedernidas del status quo, ni la Iglesia es, forzosamente, una aliada de la insurgencia popular; como dice la Biblia, «de todo hay en la viña del Señor». Lo que importa, para las direcciones políticas de la izquierda, es un conocimiento concreto de cada factor en juego, de cada tradición interna en el frente contrario, de cada hecho que influya concretamente en la correlación de las fuerzas en pugna. Porque lo que no han podido derogar las dictaduras, ni modificar los oportunistas, es la realidad de la lucha de clases, motor fundamental de la historia.

4 El imperialismo ha incendiado a la América Central olvidando que es muy peligroso jugar con fuego. Los estrategas del Pentágono y los gángsters de la CIA se han fijado como meta el año 1983 para arrasar con el régimen sandinista y proseguir la ofensiva contra la Cuba socialista. Pero ya, en el mismo frente interno de la gran potencia de esa zona, empiezan a notarse las grietas que amenazan con arruinar ese proyecto. Cada vez son más las organizaciones sindicales o culturales, los parlamentarios y políticos, los medios de comunicación más o menos independientes, que arremeten contra las prácticas belicistas de la Administración Reagan, que amenaza a la humanidad con el apocalipsis nuclear, dando muestras evidentes de una insensatez rayana en la locura.

Los grandes monopolios transnacionales no tienen límites en su

accionar demoníaco ni aceptan las prácticas del derecho internacional o de las normas morales más sencillas. Sus élites, ávidas de ganancias cada vez mayores, tratan de arrastrar a todos los gobiernos capitalistas hacia una vorágine cuya salida se desconoce. La población mundial, que para el año 2000 pasará de los seis mil millones de habitantes, conocerá en su mayor parte condiciones de vida tan miserables que es difícil imaginarlas. Pero los dueños del capital acumulado actúan siguiendo el principio de que «después de mí, el diluvio» y si no se produce una resistencia mayoritaria, organizada y generalizada, caeremos finalmente en el precipicio de la destrucción atómica.

La hoguera que arde en Centroamérica es una pequeña proporción del fuego que consume a la humanidad en su conjunto; pero es una hoguera que está encendida muy cerca de nosotros, que nos atañe más directamente, que nos inunda con su calor inaguantable; por eso nuestra preocupación es más intensa y nuestra solidaridad más estrecha.

POLITICA

¿TODO POR LA DEMOCRACIA?, LA GRAN INTERROGANTE DE LA IZQUIERDA CHILENA

Isidoro Bustos

Bustos vive en Berlín Occidental y desde allí nos ha remitido este trabajo en el cual sintetiza la actitud teórica que fundamenta sus proposiciones políticas. Su pensamiento debe ser analizado y estudiado seriamente por los militantes socialistas y por el pueblo.

La crisis que sacude a la sociedad chilena en todos sus ámbitos, aunque llega escasamente a la opinión pública europea, es un hecho fuera de discusión para las personas medianamente vinculadas al proceso chileno, a pesar de la desinformación permanente en que mantiene la llamada «gran prensa» al lector medio en esta parte del mundo.

La dictadura militar no sólo ha fracasado en sus afanes de destruir al movimiento obrero chileno —ello independientemente del nivel de crisis de sus partidos y organizaciones sindicales— sino que también ha fracasado rotundamente en sus intentos de imponer un modelo de desarrollo ultra-liberal, en el que ya ni su padre espiritual, Milton Friedmann, se reconoce a estas alturas.

La sobrevivencia del movimiento obrero y popular en Chile, independientemente de las expresiones puramente ópticas de amplios sectores populares influidos por un consumismo sin base material para sostenerse, es el resultado de cien años de singular desarrollo de la conciencia política de amplias capas de los trabajadores manuales e intelectuales, que constituyen un patrimonio mucho más sólido que lo que creen incluso algunos personeros de la propia izquierda chilena que quieren apoyar su propio retroceso, no sólo político sino que también ideológico, en un supuesto retroceso histórico que se ve cuando se mira sólo a la superficie de la sociedad chilena de hoy.

En lo que respecta al fracaso económico de la dictadura, a la quiebra de amplios sectores de las capas productivas de la burguesía chilena, liquidados por la competencia externa, se une en los últimos meses la ruina a que han sido llevados otros sectores, incapaces de hacer frente al pago de sus deudas contraídas en la orgía de dólares en que estuvo sumido

Chile hasta hace poco bajo la batuta de los «chicago boys».

De manera que hoy día ya no es tan sólo el debilitado movimiento sindical (debilitado no sólo por la represión y las transformaciones estructurales impuestas por el neoliberalismo autoritario, sino que también por su división que logró imponer la DC, de la mano con el sindicalismo norteamericano) el que se enfrenta a la dictadura de Pinochet, impulsado por la ola de cesantía que sufre entre el 30 y el 40 por ciento de la fuerza de trabajo, la inflación en ascenso, y la rebaja generalizada de los salarios. Ahora es la propia burguesía productiva ahogada por el capitalismo especulativo la que reclama un cambio urgente.

La expulsión del país del presidente de los productores de trigo, Carlos Podlech, que ocurre paralelamente con la del presidente de la Coordinadora Nacional Sindical y del presidente de la Federación de los Trabajadores de la Construcción, Manuel Bustos y Héctor Cuevas, es todo un símbolo. La dictadura comienza a aislarse —esta vez de verdad— de su propia base de sustentación fundamental: agricultores e industriales, lo mismo que de los transportistas y comerciantes que jugaran el rol de punta de lanza de la gran burguesía en el derrocamiento del presidente Allende, entrando en dificultades evidentes hasta con los consorcios financieros, que aparecían como los amos absolutos de la economía chilena.

Hoy en día existe una oposición aplastantemente mayoritaria a la continuación del experimento pinochetista. Hay en el país un clima generalizado de repudio que pasa por las fábricas, los campos, las escuelas y las oficinas y también en los salones y en los clubes privados de la gran burguesía, haciendo que el

repudio adquiera finalmente un carácter nacional. En otras palabras: también en el seno de las capas dominantes se reconoce hoy el fracaso del proyecto por el que quemaran nuevamente sus naves hace tan poco, al darle su legitimación a la «nueva institucionalidad».

Las alternativas potenciales y sus problemas

La debilidad de los proyectos alternativos al régimen militar, es también evidente. A pesar de su fortaleza como única alternativa política burguesa, la Democracia Cristiana no logra producir por sí sola las condiciones necesarias para generar un cambio, incluso a pesar de las promesas de olvido del pasado que ofrezca a los masacradores a condición de volver pacíficamente a sus cuarteles.

Al interior de las Fuerzas Armadas, los oficiales superiores no logran tampoco estructurar —aparentemente— ninguna oposición al dictador capaz de sustituirlo. No obstante es evidente la preocupación creciente de los altos mandos por su destino institucional —y la deliberación militar consiguiente— en medio de la crisis en que se encuentra sumido el gobierno.

Los sectores civiles fascistoides o abiertamente fascistas no han encontrado a su vez eco en el dictador para echar por la borda al modelo liberal ya en bancarota y embarcarlo en un proyecto «nacionalista». Una alternativa de esta especie —si bien constituye un peligro potencial— difícilmente podría encontrar las bases materiales en que apoyarse.

La llamada derecha democrática, notablemente reducida desde que la casi totalidad de la derecha se integró en cuerpo y alma al gobierno militar, no tiene más esperanza que la de servir de socio menor a la Democracia Cristiana en un proyecto de redemocratización para Chile.

La izquierda, dividida en mayor o menor medida al interior de cada uno de sus partidos, entre los cuales tienden a configurarse más y más dos proyectos diferentes en reemplazo de la fenecida Unión Popular que sobrevivía a punta de comunicados desde Berlín Oriental, no constituye por cierto candidato al poder en este momento.

El cansancio colectivo de una sociedad acostumbrada a las formas democráticas de vida ante un modelo autoritario fracasado que se prolonga ya casi por una década, el repudio creciente a la violación constante de los derechos humanos, transforma en tema del día para la inmensa mayoría de los chilenos

la cuestión de cómo eliminar primeró y reemplazar acto seguido al régimen de Pinochet.

El problema no es nada de fácil.

Detrás de todas las discusiones a este respecto, dos «fantasmas» de carne y hueso penan en este debate: uno, el imperialismo norteamericano, y el otro, el movimiento obrero chileno. El primero, el del sueño de una u otra forma a todos los sectores, en tanto que el segundo, es la fuente de mayor preocupación del imperialismo respecto de Chile y de las corrientes burguesas antipinochetistas.

La alternativa democrata-cristiana

Para la Democracia Cristiana, está meridiana-mente claro que su acceso al poder pasa necesariamente por su capacidad de garantizar la recomposición de la hegemonía burguesa en el seno de la sociedad chilena en marcos —en mayor o menor medida— democráticos.

La viabilidad de cualquier proyecto DC exige por supuesto el visto bueno norteamericano, que sólo estaría dispuesto a otorgarlo en la medida en que una tal garantía esté fuera de toda duda.

Si pensamos en términos puramente económicos, dejando de lado toda consideración de orden estratégico-militar e incluso política propiamente tal, la sola tarea de garantizar las condiciones mínimas de reproducción de un capitalismo tan deteriorado como el chileno de hoy, exige de un respaldo económico que, para los demócratas-cristianos chilenos sólo puede venir, en la cuantía requerida, de los EE. UU.

De manera que resulta una utopía pensar en un acceso de la DC al poder en Chile que no cuente con un claro respaldo norteamericano.

Pero la garantía de estabilidad que éstos exigen tropieza con un movimiento obrero que, aunque dividido y disminuido, no ha perdido en absoluto su más valioso capital: su tradición centenaria de lucha y su desarrollada conciencia política, hoy aplastada —pero no muerta— bajo el peso de la dictadura y la crisis de sus direcciones partidistas.

¿Cómo garantizar que tras el restablecimiento de los derechos democráticos no se produzca una avalancha reivindicativa? ¿Cómo garantizar que las exigencias inevitables de los trabajadores chilenos se limiten a las reivindicaciones puramente salariales y no lleguen al plano del poder en la sociedad, el Estado y —horror de los horrores— en la economía? ¿Cómo asegurar que los que hace apenas diez años,

un plazo históricamente breve, participaban directamente en la administración de sus fábricas y sacaban a patadas a los patrones cuando éstos querían pararlas a fin de derrocar al Gobierno de Allende, vuelvan a ellas —tras el restablecimiento de la democracia— con las sumisión aparente que tuvieron que mostrar todos estos años? ¿Cómo pedirles que olviden a los patrones, de la mano con los militares y la policía secreta, sacando a su más conocidos dirigentes políticos y sindicales de las fábricas para hacerlos «desaparecer» o, en el mejor de los casos, para llevarlos al campo de concentración y a la tortura?

Evidentemente que la única fórmula viable para resolver esta interrogante es tan vieja como la política misma: «dividir y reinarás». Y con esta consigna, la democracia cristiana busca encontrar la base de apoyo suficiente para materializar sus proyectos.

No por casualidad, durante todos estos años la DC chilena ha rechazado sistemáticamente toda alianza con el radicalizado socialismo chileno (cuya «depuración» consideró siempre indispensable para eventuales negociaciones políticas), lo mismo que con los comunistas, sin desperdiciar ocasión alguna para expresar su repudio a este partido, repudio que contrasta manifiestamente con los reiterados llamados de los comunistas chilenos hacia el PDC.

Tampoco resulta casual el hecho de que los demócrata-cristianos estén cantando losas con singular entusiasmo hacia los sectores de la izquierda que, cada vez con mayor claridad, están mostrando sus discrepancias con el PC, permitiéndose hablar incluso de la «maduración» que habrían experimentado los grupos políticos que constituyen la convergencia socialista.

Para la DC, la situación es en todo caso clara: ella se propone ser el eje de una alianza política que, recogiendo el apoyo de los sectores de derecha desprendidos de la dictadura, logre también el apoyo de una izquierda no comunista ni «extremista»; a la europea, como se encargó de decirlo uno de sus personeros. Por supuesto, que una alianza de esta naturaleza tendría desde la partida la bendición de la Iglesia, cuyo rol en una sociedad notablemente laica en comparación con el resto de América Latina, se ha visto fuertemente reforzado en los años de dictadura.

La situación en el seno de la izquierda

Los problemas de la izquierda chilena y del socialismo chileno en particular revisten otro carácter.

Para los comunistas, que han planteado sin lugar a dudas su voluntad de llegar a una alianza con todo el mundo, desde la izquierda, pasando por la democracia cristiana, la derecha «democrática», los militares antifascistas y los simplemente no fascistas también, cualquier arreglo político que permita poner término a la dictadura les parece digno de consideración, aun cuando miran con mucha preocupación los proyectos de la DC que los excluye de un acuerdo, en la ingrata compañía de los MIR, sus adversarios mortales de ayer («el caballo de Troya del imperialismo») y aliados de hoy.

Desde un punto de vista estratégico, ello no tiene nada de sorprendente. Hasta el día de hoy, los comunistas chilenos se mantienen fundamentalmente fieles a su concepción de las «etapas» del proceso histórico, no habiendo estado nunca para ellos a la orden del día el inicio de un proceso de construcción socialista en Chile. Al margen de los repliegues puramente tácticos derivados del desarrollo concreto de la lucha social en Chile que, singularmente en el período 70-73, no dejaron espacio político alguno para tales concepciones, el PC chileno está convencido que en Chile lo que corresponde históricamente es el desarrollo de una amplia coalición democrática destinada a poner en marcha un proceso de desarrollo nacional que —al margen de la pirotecnia verbal— no significa el traspaso del poder a los trabajadores y la ruptura de la dominación capitalista en Chile. Se le podrá poner muchos adornos a la democracia que se postule: avanzada, más avanzada, social, progresista, popular, etc., pero todavía sigue siendo lo decisivo para definir un sistema desde un punto de vista social, en quien radica la propiedad de los medios de producción y quien tiene el control del poder político. Ello —dicho sea de paso— sin perjuicio de todos los otros elementos a tener en cuenta en este sentido, materia que es fuente de inagotables discusiones en la izquierda internacional, particularmente en Europa.

Por lo que toca a los socialistas, el problema es mucho más complicado. Al margen de sus fraccionamientos, si algo caracterizó al socialismo chileno fue su concepción claramente diferenciada de la política comunista por un lado y socialdemócrata por el otro.

Brevemente dicho, el socialismo chileno proclamó tempranamente el agotamiento del capitalismo chileno y la inviabilidad de alianzas políticas con la burguesía, incapacitada históricamente para cumplir el rol de sus congéneres europeos, seña-

lando que la única vía de desarrollo posible destinada a sacar a Chile del subdesarrollo, la dependencia y el atraso era la constitución de un «frente de trabajadores» con todos los partidos y organizaciones sociales que expresan los intereses de obreros, empleados, campesinos, intelectuales y otras capas trabajadoras, con el propósito de acceder al poder e iniciar la construcción del socialismo. Su tenacidad en este planteamiento obligó incluso a incorporar al programa de la Unidad Popular este último concepto, a pesar de las resistencias de sus aliados.

La circunstancia de que en Chile se haya instalado una dictadura militar ultra-liberal, que ha barrido no sólo con las conquistas de los trabajadores, sino que también con las tradiciones democráticas que enorgullecían a los chilenos, no ha hecho desaparecer por cierto la discrepancia fundamental entre socialistas y comunistas, aun cuando la importancia que asumen las reivindicaciones democráticas en cualquier programa político alternativo dan en apariencia mayores visos de realismo a los proyectos comunistas, pese a que ni ellos como partido ni menos la izquierda en su conjunto son socios posibles para una alianza visible con propósitos democráticos, por razones más que evidentes.

En efecto, una alianza DC-Izquierda, en las condiciones de crisis en que recibiría el país, significaría de inmediato el retorno a la política intervencionista en la que el Estado tendría un papel decisivo para sacar al país de la bancarrota, estando el control del poder en las manos de una coalición en la que las capas medias y los trabajadores jugarían un rol determinante, mientras que la gran burguesía —sostén fundamental de la dictadura, políticamente debilitada y económicamente al borde de la quiebra— no estaría en situación de imponer condiciones fácilmente.

Evidentemente que las corrientes socializantes de la DC (cuya ala conservadora carece hoy de su líder Frei, que le garantizaba el control del Partido), junto con la izquierda, podrían —bajo la presión popular— dar un ritmo al proceso que ni la dirigencia DC tradicional, ni la burguesía antipinochevista ni menos los Estados Unidos estarían en condiciones de controlar ni dispuestos a aceptar.

Los problemas del socialismo chileno

Pero para los socialistas chilenos, el problema es mucho más complejo que en 1938, cuando a rega-

ñantes fueron arrastrados a desarrollar una política de frente popular contradictoria con todos sus planteamientos acerca del agotamiento histórico de la burguesía en Chile.

Ahora no se trata de sustituir por la vía de las elecciones a un gobierno normal de derecha cuya base de sustentación le permitió disputar la Presidencia de la República voto a voto a la coalición de izquierda en aquel entonces (que, dicho sea de paso, sólo pudo lograr la victoria con el apoyo de los sectores «nacionalistas» que apoyaban al general Ibáñez, retirado de la pugna política).

En efecto: los casi diez años de dictadura militar neo-liberal en Chile han conducido al país a la mayor catástrofe económica de que se tenga memoria, cuyo paralelo se puede encontrar sólo en la gran depresión de los años 30. El parque industrial de Chile, obra del Estado chileno fundamentalmente, que lo colocaba entre los primeros países de América Latina en cuanto a su desarrollo industrial, se encuentra semi-demolido; los sectores sobrevivientes de la producción al borde de la cesación de pagos, el conjunto de la economía chilena en el puño de un pequeño grupo de acaudales financieros cuyos imperios «de papel», al decir del propio dictador en uno de sus últimos lloriqueos públicos, carecen de todo fundamento serio, si descontamos el apoyo que hasta ayer le prestara sin límites la banca internacional, hoy por cierto nada de entusiasmada con sus fracasados socios chilenos.

Para los socialistas chilenos, la cuestión radica ahora en resolver si, conociendo —repetimos— sus tesis acerca del agotamiento histórico de la burguesía chilena, están dispuestos a llegar a un compromiso con ésta, representada por la democracia cristiana, la llamada derecha democrática y sus organizaciones gremiales, destinado a restablecer, no sólo la democracia política, sino el funcionamiento normal del capitalismo chileno.

Ya no se trata de aceptar tan sólo la vigencia del sistema fundado en la propiedad privada de los medios de producción en condiciones de normalidad económica, sino que hay que partir de la base que el poner en funcionamiento la destatada economía chilena va a exigir del Estado un esfuerzo económico fundamental, donde hay que decidir si tal esfuerzo va a consistir en otorgar créditos y facilidades de todo orden a los empresarios (¡sí!, los mismos que esperaron en sus mansiones «rescatar con mano ajena», como les dijera Allende antes de enfrentar la muerte, «todas sus granjerías y privile-

gios») o si tal esfuerzo de reconstrucción va a ser ejecutado sobre otras bases distintas.

Visto el problema desde otro punto de vista, si tenemos en cuenta que un funcionamiento normal de la economía chilena exigirá evidentemente un mínimo de tranquilidad social, resulta justo preguntarse: ¿estarán dispuestos los socialistas chilenos, de producirse éste sobre la base de la empresa privada, a transformarse en los campeones de la paz social evitando a toda costa los conflictos reivindicativos como precio del restablecimiento de condiciones democráticas de vida en la sociedad chilena? Dicho en otras palabras, ¿serán capaces los dirigentes socialistas de convencer a sus bases y éstas al grueso de los trabajadores de que la «democracia» significa aceptar por un período indefinido la mantención del deterioro de los niveles de vida que han debido sufrir durante esta década o, en el mejor de los casos, su rescate paulatino apenas sin un real mejoramiento más allá de los niveles que habían logrado antes del golpe de 1973?

Por otra parte, no es menos importante hacerse algunas reflexiones en torno al estado en que encuentra a la burguesía chilena la crisis del régimen militar: para nadie es un misterio que éste puede ser calificado de una debilidad extrema. Habiéndose jugado el todo por el todo a favor de los militares en 1973; habiendo aceptado la conducción con plenos poderes por parte de su fracción financiera ligada al capital internacional; habiendo ratificado este compromiso incluso en la llamada institucionalización de 1980, el destino de la burguesía chilena aparece indisolublemente ligado al de la dictadura de Pinochet. Arruinada económicamente —para ella es cuestión de vida o muerte el salir de la asfixia financiera en que se encuentra, de la que aparentemente sólo el Estado la puede sacar—, desprestigiada y comprometida con un régimen en quiebra, no está en situación de imponer condiciones fácilmente.

En esta situación, un compromiso con parte de los trabajadores representado por un sector de la izquierda, logrado a través de la democracia cristiana, que le garantice su supervivencia en un restablecimiento de la democracia, sería para la burguesía chilena una solución ideal atendida la magnitud de la catástrofe que vive en estos momentos. Por cierto que para hacer viable una salida de esta especie, vendrán de su parte las mayores promesas de amor hacia los trabajadores y hasta es posible pensar en promesas de socialización a cambio de las garantías que ella considere básicas, que siempre ocuparán un lu-

gar subordinado en sus proposiciones formales. Las experiencias posfascistas de Europa son muy importantes en este sentido.

La división del movimiento obrero sería para tales efectos la mejor garantía. Una vez superada la etapa de reconstrucción de su hegemonía sobre bases democráticas, la burguesía no vacilará en echar al olvido todas sus promesas como lo supo hacer a su tiempo su hermana mayor, la burguesía europea, con el agravante —para los sectores de izquierda comprometidos en un proyecto de esta naturaleza— que ninguno de los problemas fundamentales de los trabajadores habrían encontrado solución ni se habría logrado superar la incapacidad congénita de un capitalismo periférico para romper las cadenas de la dependencia y el atraso.

No hay duda alguna que para los militantes socialistas en Chile y en el exilio resulta difícil aceptar, que lo único que interesa en este momento es echar al dictador, pagando cualquier precio por ello. Tras décadas de repetir una y otra vez a los obreros y campesinos chilenos —en contra de la prédica democrático-populista— que el enemigo principal no era cada gobierno burgués de turno, sino que el sistema capitalista en su conjunto al que había que reemplazar mediante la conquista del poder por los trabajadores, no es cosa de llegar y decir a las masas populares, por muy profundo que sea su odio contra la dictadura de Pinochet y sus crímenes, que la consigna del día es sólo TODOS CONTRA PINOCHET, olvidando, por un lado, que Pinochet no surgió de la nada, sino que es precisamente la expresión más diabólica, pero expresión al fin del capitalismo chileno y del imperialismo, hablando más concretamente aún, instrumento destinado a servir los intereses específicos de la burguesía chilena y de las transnacionales, que ahora piensan en sacudirse de él transformándolo, junto con su camarilla más directa, en el chivo expiatorio de los crímenes de todo orden que ésta cometió por encargo suyo precisamente.

Y en este sentido no sólo militan razones puramente éticas y teóricas. Los argumentos tácticos son también importantes. Como decíamos algunas líneas más atrás, la burguesía chilena está en este momento en una de sus mayores crisis, literalmente en el suelo. Para un socialista chileno formado en las tesis clásicas de su partido, su archienemigo punto menos que agoniza frente a sus narices, no por obra de su acción revolucionaria precisamente, sino que como resultado de la crisis de un modelo impuesto con poderes absolutos por una fracción de la propia bur-

guesía que terminó llevando a la ruina a las demás capas de ella, en medio de la recesión mundial. ¿No habrá manera en estas circunstancias de darle el golpe final al adversario y de plantearse el restablecimiento de la democracia bajo la hegemonía de los trabajadores chilenos, la vieja tesis socialista de la República Democrática de Trabajadores?

Evidentemente que la materialización de tal pensamiento implica la necesidad de echar un vistazo de la capacidad de la izquierda en general y del socialismo en particular para tal empresa.

Los conflictos al interior de la izquierda

Todo indicaría que en el seno de la izquierda «el horno no está para bollos» en este momento. Ya señalamos que ésta se encuentra seriamente dividida, con conflictos al interior de cada partido —incluido el comunista—, perfilándose en ella dos sectores fundamentales que tienden a aparecer diferenciados de manera pública: la Convergencia Socialista (CS), por un lado, y la alianza Partido Comunista-MIR, por el otro.

La CS formada por el sector histórico y mayoritario del socialismo chileno (sector que desarrolla hoy activas gestiones en pro de la unidad del socialismo), los dos partidos MAPU y la Izquierda Cristiana, se presenta como una nueva alternativa que intenta hacer un examen crítico de lo que ha sido la experiencia histórica de la izquierda chilena en general y del gobierno de Allende y la Unidad Popular en particular.

Su reexamen de adhesiones puramente formales a un marxismo-leninismo no diferenciado del de marca stalinista, su cuestionamiento de características concretas de las experiencias en el «socialismo realmente existente», son elementos que conviven junto a un intenso debate en torno a la democracia, por un lado, y la definición de una estrategia consecuentemente revolucionaria en la lucha por el socialismo, por el otro.

La CS se encuentra en concreto en la búsqueda de un proyecto socialista para Chile, que vaya más allá de las meras reivindicaciones democráticas y de reformas sociales y ofrezca a la sociedad chilena una alternativa al estancamiento capitalista dependiente. Su revalorización de las reivindicaciones democráticas y su cuestionamiento del «socialismo real» ha significado por cierto que otros sectores de la izquierda comiencen a motejarla de socialdemócrata y —curiosamente— de estar entendiendo con los demócrata-cristianos (1).

La importancia de este debate —que a algunos pudiera parecer demasiado teórica— resulta para el quehacer político en una sociedad tan altamente politizada como la chilena, de una importancia excepcional. Pierden evidentemente el tiempo quienes creen que basta con hablar de libertad, democracia, justicia social y otras expresiones generales para ganar el apoyo de los sectores populares. La mejor prueba de ello la constituye la experiencia de estos años.

Para ser concretos, a los trabajadores chilenos no les deja satisfechos las promesas de pan, trabajo, justicia y libertad para hoy y socialismo para mañana. Tampoco, por citar un ejemplo muy preciso, la mera condena del establecimiento de un régimen militar en Polonia o un apoyo sin matices al sindicato Solidaridad, que hacen algunos, ni mucho menos las explicaciones que dan otros en el sentido de que la raíz del conflicto polaco estaría sólo en los errores de unos cuantos «malos» dirigentes y —por supuesto— en la mano negra de la CIA que, ¡quién lo duda!, se encuentra metida en todas partes.

La primera de las explicaciones deja en el aire no sólo la evaluación objetiva de los que han sido los éxitos y los errores del «socialismo real», sino que el planteamiento de la fórmula alternativa concreta de construcción socialista que se ofrece, en tanto que la segunda no alcanza siquiera a constituir una explicación.

Evidentemente que existen al interior de la CS elementos y tendencias probablemente proclives a una política de izquierda a la europea. Algunos personajes de ella no han vacilado en hacer una discreta proclamación pública de tales orientaciones. El drama para ellos radica en la falta de condiciones materiales para la viabilidad de una política de esa naturaleza en Chile y, en general, en América Latina en su conjunto. Ni siquiera se trata de atacar tales planteamientos desde un punto de vista teórico para oponerse a ellos: basta mirar la realidad socio-económica latinoamericana y chilena para ver que la salida para esos países va por caminos muy distintos a aquellos que —no queremos señalar con qué clase de éxito— ha recorrido la socialdemocracia europea.

(1) Decimos curiosamente porque si algo caracterizó la acción de los comunistas chilenos en todos estos años fueron sus denodados esfuerzos para convencer a la DC de la necesidad de llegar a una alianza política, incluso a través de esfuerzos particulares como partido, al margen de sus aliados de la hoy inexistente Unidad Popular.

En lo que toca al eje PC-MIR, principales contradictores de ayer en el seno de la izquierda chilena, su alianza no ha sido, entre otros motivos, sino el resultado del viraje de los comunistas chilenos que proclamaron —contra todas sus tradiciones— su decisión de impulsar la «rebelión» en contra de la dictadura, la que se ha traducido en una serie de acciones menores de violencia que en todo caso no han logrado alterar fundamentalmente el cuadro político chileno. Por el contrario, ellas han creado serias dificultades para el trabajo comunista en el interior de Chile, ya que sus militantes, formados por décadas en un accionar político en las organizaciones de masas, en la lucha reivindicativa salarial y en la acción electoral, en una política «reformista» con un claro distanciamiento de las posturas «violentistas» de que acusaban al MIR y los socialistas, no logran —y muchos de ellos no quieren— acompasar su accionar concreto en contra de la dictadura a las órdenes de sus dirigentes, de que dan cuenta algunos documentos del exterior.

Junto a los comunistas y al MIR, está también el sector socialista que, desde Berlín Oriental, encabeza el ex ministro de Relaciones Exteriores de Allende, Clodomiro Almeyda, cuyos representantes en Chile acaban de plantearle formalmente hace un tiempo a esta parte la necesidad de trasladar su sede a otro lugar. Este sector socialista ha sido acusado permanentemente por sus contradictores de haberse subordinado a las concepciones y la política del Partido Comunista.

El pequeño Partido Radical, oficialmente el miembro chileno de la Internacional Socialista, si bien en lo formal está en la alianza con los comunistas, sufre la dispersión de sus escasas fuerzas, parte de las cuales trabajan en la CS. Incluso, su dirección interior habría resuelto distanciarse de manera clara del eje comunista-mir.

El quehacer de la izquierda ante la crisis

En este contexto, resulta difícil pensar en un rol protagónico de la izquierda chilena con vistas a la transformación de la sociedad chilena de hoy. Sin embargo, la profundidad de la crisis, que no tiene visos de superación desde el interior mismo del régimen, hace indispensable el plantearse las alternativas de recambio posibles. En este sentido, una alianza de la CS con la DC y la llamada derecha democrática podría lograr sustituir a Pinochet y, probablemente, poner fin en lo fundamental a la violación constante

de los derechos humanos y a las arbitrariedades más aberrantes del régimen militar.

Pero, fuera de ello, ¿es posible pensar en un restablecimiento pleno del Estado de Derecho, con los torturadores de regreso a sus cuarteles —todavía está por verse qué cuota de poder exigirían como garantía de la impunidad de sus crímenes— sin una «limpieza» efectiva al interior de los aparatos policiales civil y uniformado y una desaparición real de la policía secreta?

¿Y qué decir de la represión «normal» que habrá de plantearse no bien comiencen los conflictos sociales propios de la vigencia de condiciones democráticas? Por otra parte, ¿deberán de pagar anticipadamente los trabajadores chilenos los costos de tal «democratización» mediante la renuncia a sus reivindicaciones mínimas, transformadas en cuestión —literalmente— de vida o muerte para quienes se encuentran al borde, cuando no ya al medio de la hambruna?

¿Qué capacidad de acción podría tener a esas alturas una izquierda dividida en dos alas, una posiblemente en el gobierno y la otra en la oposición?

La verdad es que, fuera del restablecimiento de algunas normas esenciales relativas a los derechos básicos —no queremos anticipar su extensión real— los trabajadores y la izquierda chilena no tienen motivos reales para entusiasmarse con un eventual recambio negociado de Pinochet por una coalición como la que mencionamos como hipótesis.

Por nuestra parte, pensamos que siendo evidente que en el seno de la izquierda se perfilan dos proyectos diferentes para Chile, el uno, cercano a los moldes clásicos del socialismo realmente existente, y el otro, aún una búsqueda de un modelo alternativo de socialismo, ello no quita nada al hecho de que el conjunto de la izquierda chilena, independientemente de este reordenamiento de alcances estratégicos e, incluso, de su presentación diferenciada en la arena política, constituya un elemento fundamental en cualquier salida de la crisis chilena actual.

Es evidente que no está a la orden del día la instalación de la izquierda en el poder en la tierra de Salvador Allende. Pero también es evidente que ni las clases dominantes ni el régimen militar actual tienen mucho que ofrecer en la actualidad ni en el futuro.

El agotamiento del proyecto Friedmann-Pinochet y la ausencia de un proyecto burgués realmente alternativo resultan a estas alturas indiscutibles.

Si los socialistas chilenos continúan convencidos de la inviabilidad de un proyecto de desarrollo capi-

talista en Chile (2), no pueden menos que considerar una aspiración fundamental la de promover la unidad orgánica del movimiento obrero en su expresión sindical y la unidad de acción de sus partidos en el plano político.

Para ello resulta indispensable que tanto los socialistas como el conjunto de la izquierda—ninguna de cuyas alas está en condiciones de hegemonizar la conducción de los trabajadores en este momento—aprendan a caminar juntos sin ocultar sus diferencias en los términos en que ocurrió en el pasado, que significaron en la práctica la virtual parálisis de su accionar político.

En otras palabras—atendida la creciente demanda del movimiento social a los partidos—, resulta inevitable que los partidos de la izquierda chilena se acostumbren a saber que en los años que vienen les será inevitable no sólo plantear las consignas generales en que estén de acuerdo todos los componentes de la misma, sino que también las expresiones diferenciadas que se perfilan ya claramente en su interior.

Indiscutiblemente que ello exige una renovación de la izquierda y el socialismo chilenos, renovación que se refiere tanto a sus métodos como a sus hombres, tanto a sus prácticas políticas como a los ejecutores de las mismas.

Ello no significa en modo alguno que la conducción del movimiento popular chileno haya que buscarla—como lo pretenden algunos grupos de intelectuales críticos—al margen de su más preciado capital político: los miles y miles de militantes de la izquierda chilena que, con todas las limitaciones de sus direcciones pre y posgolpe fueron capaces de cuestionar su propia sociedad, planteándose una salida socialista y luchando activamente por ella.

Digámoslo claramente una vez más antes de terminar: si bien es cierto que los trabajadores de Chile están lejos de ser candidatos al poder en lo inmediato, no lo es menos que el repudio nacional hace ya insostenible la mantención de la hegemonía burguesa bajo la fórmula de la dictadura de Pinochet. No es cuestión de que estemos en este momento

frente a una dictadura todopoderosa reprimiendo masivamente y sin oposición alguna, frente a la cual «cualquier cosa sería mejor» como se insistió por más de alguien, sobre todo en los primeros años después del golpe. Ahora también para amplias capas de la burguesía es cuestión de vida o muerte sacarse a Pinochet de encima: por un lado está la amenaza real de su ruina y por otra el peligro de una explosión social imposible de contener, fenómeno que le quita el sueño a la Iglesia y a los sectores más lúcidos de la oposición burguesa, cuyo miedo a las masas populares es más grande que la confianza que en ellas depositan muchos personeros de la izquierda chilena.

Ello, sin perjuicio de que—ante la incapacidad del conjunto de los sectores que se oponen a la dictadura en orden a generar alternativas variables—ésta se mantenga en el poder administrando la crisis solamente, con la fuerza de las armas y el apoyo obligado de una burguesía que, por supuesto, está mayoritariamente por un cambio de política, pero que tampoco está dispuesta a renunciar fácilmente a la garantía que le otorga un gobierno militar.

Si las fuerzas socialistas son capaces de lograr la unidad de acción del movimiento popular sin sacrificar su pluralidad; si son capaces de hacer del movimiento obrero—por su fortaleza y su madurez—una amenaza constante para la burguesía dividida y en crisis; si son capaces de ofrecer un proyecto de reconstrucción de la sociedad chilena sobre bases democráticas en la que las capas medias tengan un rol específico que jugar, sin ocultar el carácter necesariamente socialista que deberá tener tal reconstrucción; si son capaces de llevar adelante la lucha ideológica dejando de lado el ocultamiento vergonzante de su condición socialista y la fraseología populista, podrán forzar a la burguesía al recambio democrático sin renunciar a su independencia.

Nunca como ahora será decisiva la capacidad táctica que demuestren quienes asuman la dirección de las luchas populares en Chile para hacer que la salida de la crisis actual signifique la conquista para los trabajadores del mayor número de posiciones con el menor costo posible, sin hipotecar en caso alguno la perspectiva socialista.

Alemania, febrero de 1983.

El economista chileno Héctor Vega nos envía desde Bamako, Mali, esta síntesis preparada por él mismo, de un trabajo más extenso que, por razones de espacio, no nos es posible publicar. La exposición que publicamos es de innegable actualidad y aporta un punto de vista muy responsable.

1.

El arzobispo de San Salvador, Oscar Arnulfo Romero, fue asesinado por llevar su mensaje de fe al mundo de la política.

¿Cuál es el significado de su palabra?

Para los cristianos, la opción por los pobres aparece ligada al cambio de las estructuras del mundo, unidad utópica de conciencia y de práctica social. Según la palabra del obispo Romero: «esta opción de la Iglesia por los pobres es la que explica la dimensión política de su fe en sus raíces y rasgos más fundamentales. Porque ha optado por los pobres reales y no ficticios, porque ha optado por los realmente oprimidos y reprimidos, la Iglesia vive en el mundo de lo político y se realiza como Iglesia también a través de lo político».

Cristianos y marxistas se refieren a un sujeto histórico. La coyuntura concreta de liberación en América Latina muestra hoy, en los años 80, una masa explotada y excluida: único sujeto histórico capaz de realizarse en la historia, superando la ideología y las representaciones mistificadoras.

La libertad se realiza en la historia. Ello significa el rescate del hombre en cuanto ser humano y sujeto activo de la historia. La libertad representa la solución de la condición de necesidad del hombre frente a la naturaleza y de explotación frente al otro hombre. La liberación significa libertad para unirse a otros hombres, asumir la historia en su totalidad y constituirse en sujeto activo de ella.

La teología de la liberación se inspira y se construye en los conflictos sociales de América y es elemento participante en la lucha por la justicia social. Ella busca la unidad del hombre contemporáneo (dividido, oprimido, excluido) en Cristo, que aparece como principio de conversión de su Iglesia a partir del mundo de los pobres. Idea mesiánica de salvación en la historia que se expresa a través de los primeros Padres de la Iglesia como crítica radical en contra del Estado existente (E. Fromm. Marx y su concepto del hombre). Idea que encuentra su última y más completa expresión en el concepto de socialismo de Marx. Fromm escribe: «cualquiera que haya podido ser la influencia directa sobre él de las

ideas del Antiguo Testamento, a través de Moses Hess, no hay duda que la tradición mesiánica de los profetas lo influyó indirectamente, a través del pensamiento de los filósofos de la Ilustración y, especialmente, a través del pensamiento de Spinoza, Goethe y Hegel».

El desarrollo de las fuerzas productivas se impone a los individuos mediante la división del trabajo que no es precisamente voluntaria y que por el contrario elimina todo rasgo de cooperación social.

En su visión utópica de la sociedad comunista, Marx rompe esa petrificación social y del estado de la necesidad se pasa al desarrollo pleno del individuo. El comunismo aparece así como la conquista de la libertad sobre la alienación.

Contrariamente a lo que se ha querido propagar, «Marx no repudió nunca la idea de la enajenación en su sentido humano, pero sostuvo que no puede divorciarse del proceso concreto y real de la vida del individuo enajenado» (Fromm). De aquí se puede aclarar todavía que es absurdo pensar que la única conciencia posible es la conciencia de clase. Como es también absurdo decir que lo único que consideran Marx y los marxistas son los factores económicos. Precisamente, de lo que se trata es de abolir el predominio de lo económico en el capitalismo. Dicha superación no es posible sino a partir del hombre concreto. Precisamente, Marx critica el capitalismo porque destruye la personalidad individual.

2.

Al adoptar la teología de la liberación las hipótesis de las ciencias humanas se inicia en una lectura socio-analítica complementaria a la lectura de la fe. Monseñor Frago, obispo de Crateus (Brasil) expresa que la falta de una contribución científica para el análisis crítico de la realidad latinoamericana impidió en Puebla hacer una lectura de fe.

Pero también existe el difícil tránsito de lo mítico a lo político. El teólogo Leonardo Boff escribe: «la gran dificultad de esta espiritualidad de liberación reside en el hecho de que la historia de la Iglesia presenta pocos o casi a nadie que hayan

(2) Por supuesto que cuando hablamos de un desarrollo capitalista no pensamos en el mero crecimiento económico, confusión en la que ha caído algún «cientista social» encandilado hace un par de años con la chorrera de millones de dólares y las estadísticas de Pinochet y la tecnoburocracia internacional. Dicho sea de paso, hasta ese crecimiento económico que llegó a hacer hablar a Pinochet del «milagro chileno» ha quedado al desnudo al estallar la crisis.

realizado esta síntesis entre lo místico y lo político así como lo concebimos hoy. San Francisco de Asís, San Bernardino de Siena, San Vicente y otros tenían una actitud, según nuestros criterios, más bien existencialista que libertadora. No se movían, ni tenían condiciones teóricas ni prácticas para hacerlo, dentro del marco de lo político como campo de lucha de poderes, en donde se imponen opciones, a veces radicales, en nombre de la fe o de la justicia. El gran reto de nuestro tiempo es crear militantes con una cantidad verdaderamente política; importa ser a la vez santo y político en el pleno sentido de la palabra. Pero en el campo de la lucha política de la iglesia latinoamericana tiene mártires: Camilo Torres, muerto en combate, Colombia (1966); Antonio Pereira Neto, asesinado en Brasil (1969); Héctor Gallego, desaparecido en Panamá (1972); Joan Alsiná, ejecutado en Chile (1973); Carlos Mújica, asesinado en Argentina (1974); Iván Betancourt, asesinado en Honduras (1975); Luis Espinal, asesinado en Bolivia (1980); el obispo Arnulfo Romero, asesinado en El Salvador (1980), y tantos otros. Y además sacerdotes que participan en cargos públicos importantes en el gobierno revolucionario de Nicaragua: Miguel d'Escoto, Edgar Parrales, Ernesto y Fernando Cardenal, Ricardo Falla, Xavier Gorostiza, Ignacio Anezda, Rosento Sáenz, Ernesto Vallecillo, Alvaro Argüello.

No hay reflexión teológica sin un sujeto histórico. El sujeto histórico de la teología liberal es la burguesía y su ideología es la ideología dominante de la época moderna («siglo de las luces»). El teólogo Gustavo Gutiérrez escribe: «pretender la separación de la ideología del modernismo de su sujeto histórico, la clase burguesa, es jugar con las ideas y las personas. Es desconocer las realidades sociales y tener una visión idealista de la historia. Posición de graves consecuencias para la teología».

A la visión triunfalista de ciertas autoridades y teólogos de la Iglesia Católica en América Latina sucede la visión crítica y de resistencia del pueblo explotado. El sujeto histórico de la teología de la liberación y, por lo tanto, de las transformaciones históricas es el pueblo oprimido (explotados y excluidos) en cuya toma de conciencia y en cuya actuación política (revolucionaria) se basa el tránsito hacia una nueva sociedad.

Una de las tareas centrales asignadas por Juan XXIII al Concilio Vaticano II es la de considerar en sus debates el desafío planteado por la pobreza en el mundo de hoy día. La segunda reunión episcopal latinoamericana de Medellín (1968) coincide con la práctica revolucionaria de las masas de los años 60 en el continente. Allí hay un progreso evidente en relación al pasado. Pero,

¿cómo separar el método y la reflexión socio-política de los intereses de clases y compromisos? ¿No es una evidencia en estos años, en el continente latinoamericano, que la palabra de la jerarquía no siempre correspondió a los adelantos de su base social? Cuando la práctica niega la palabra, el método de análisis es necesariamente acético, corto y forzosamente miope. Puebla es el ejemplo de un compromiso a medias entre la base cristiana comprometida en el cambio y el lento paso de la institución oficial. En esas condiciones, no era posible una aprobación de la teología de la liberación por cuanto ella en su desarrollo actual es el producto de una lucha histórica concreta aún no asumida por la Iglesia oficial.

El reciente viaje de Juan Pablo II a centroamérica muestra la contradicción entre los gestos y las palabras vaticanas y el impulso del pueblo cristiano que lucha por la justicia social. El discurso papal en El Salvador hace votos por las medidas políticas anunciadas por el Presidente Alvaro Magaña (elecciones y amnistía general) y junto con descalificar las ideologías marxistas recoge la propuesta de la izquierda de invitación al diálogo. ¿Cómo entender el mensaje de Juan Pablo II ante la tumba de Monseñor Romero (6 de marzo de 1983) cuando señala al «corazón dividido de los hombres» como la fuente de los males de la sociedad? En ninguna parte se menciona la injusticia social que, sin embargo, es elemento central del discurso papal cuando el 6 de agosto de 1982 escribe a los obispos de El Salvador: la violencia y los conflictos «encuentran sus verdaderas y profundas raíces en las situaciones de injusticia social», la reconciliación «no es una renuncia a la justicia en la defensa de los pobres y de los marginados». (Véase análisis de esos textos en Pierre Toulat. *El Salvador: l'ère Rivera y Damas. Le Monde Diplomatique*. Abril 1983.) Hay un retroceso en el discurso de marzo de 1983 en relación a aquel de agosto de 1982. ¿Retroceso? ¿Falta de comprensión? o ¿compromiso con el poder?

En Nicaragua la situación no es menos ambigua. ¿Cómo situar el discurso papal de obediencia a los obispos sin una referencia a los muertos por la revolución y a la paz y reconciliación en las fronteras? Desilusión brutal en un país asediado, donde la reconstrucción pasa por «la unidad de todos alrededor de los más pobres» y difícilmente por la unidad de «todos alrededor de los obispos (1)». ¿Cómo hacer abstracción de la per-

(1) Véase el dramático relato de los acontecimientos en la plaza 19 de Julio de Managua durante la visita del Papa a Nicaragua, en carta abierta de María López Vigil. «El País». Madrid, 14 de marzo de 1983.

sonalidad política de monseñor Obando (arzobispo de Managua) cuando ella es exaltada por la contrarrevolución en Nicaragua?

Así, la solidaridad por los pobres, la paz y la justicia social en una acción pastoral que busca primero el equilibrio con el poder resultan otros tantos elementos de reducción y de compromiso con el poder.

3

Para los marxistas, la historia de la lucha de clases muestra que la función del sujeto histórico, el proletariado, surge (por sobre los determinismos económicos) de las situaciones políticas concretas. En otras palabras, no se entiende la lucha política concreta del sujeto histórico que aboliría en definitiva el Estado capitalista sin precisar la lógica de unidad de los diferentes sectores sociales en la coyuntura política. Esa lógica define el carácter mismo del Estado en cuanto complejo de acciones entre clases, alianzas y transformaciones que ellas implican. Es precisamente en la perspectiva de situaciones concretas de mediación y subordinación al interior del Estado en donde surgen las situaciones históricas de alianzas y dominación. En este contexto tiene sentido la sobredeterminación de lo político a través del aparato del Estado. Es el caso en algunos países latinoamericanos cuando el poder militar, controlando el aparato del Estado, sobredetermina políticamente la fracción transnacional de la burguesía. El caso de Chile es claro. La fracción transnacional de la burguesía domina el territorio exportación-importación y por su intermedio extiende su dominación al mercado de intermediación del dinero. El partido militar (militares más clientela civil), controlando el aparato estatal, impone al resto de la población la organización y la gestión empresarial que en sucesivos ajustes llevarán el proceso de acumulación a estadios superiores. ¿Exclusión de la política? Sí. Para afirmarla por otros medios. Cuestión paradójica si la política de poder se reduce a la simple conquista del aparato del Estado, pero lógica si dicha conquista aparece como una instancia posible en el complejo de relaciones de dominación. De otra manera, ¿cómo se explicaría el complejo de mediaciones, obrado por ese aparato estatal militarizado, a través de las clases medias (funcionarios del Estado, profesionales, intelectuales, pequeños y medianos propietarios...), sectores reaccionarios de la Iglesia, la escuela, los medios de comunicación, etcétera?

Es sobre esta lógica de procesos políticos concretos que surge la función precisa, concreta, del proletariado en cuanto sujeto histórico. Exami-

nemos una categoría clásica del análisis económico marxista a partir de la óptima de los procesos políticos de hegemonía: la realización del excedente.

En ese caso, el rol de la clase obrera aparece definido en relación a la política de poder de las clases dominantes y de su clientela de clases medias. Así, en los procesos de valorización del capital, la existencia o pérdida de su utilidad social resulta de situaciones de mediación y compromiso en el proyecto hegemónico de las clases dominantes. Una situación similar se presenta en la atribución social del excedente (niveles de sueldos y salarios, de ganancias del capital, rentas, sistemas de seguridad social y de pensiones...), puesto que ella tiene en cuenta la política hegemónica de las clases dominantes.

Todos estos casos describen una realidad de doble faz: (I) mediaciones de clase entre la producción de bienes y servicios y su realización en el mercado (comerciantes, intelectuales, productores, clases medias) y (II) niveles sociales (de obreros, de empleados, de profesionales) sintetizados en el «trabajador colectivo» de la moderna unidad de producción. Proceso complejo de producción y realización del excedente en donde una masa social heterogénea refleja el conjunto de relaciones sociales de producción en su realidad económica de explotación y de exclusión. De esta manera, junto al proletario explotado de la unidad productiva se encuentran el artesano, el pequeño comerciante, el profesional, el intelectual, el estudiante, la dueña de casa, el trabajador agrícola, el pequeño propietario, el cesante, el emigrado, el exiliado, el indio perseguido y excluido... Es ese un *bloque social heterogéneo*, contradictorio y discordante, reflejo en la superestructura de la ideología y la educación dominantes, más cercano de la participación condicionada, o de la exclusión pura y simple que de la explotación directa en una fuente de trabajo. La determinación socio-política de esa masa heterogénea se inscribe en el complejo de mediaciones y compromisos del bloque histórico dominante y es su tributario en cuanto a la conciencia, las representaciones y la ideología que profesa.

Así llegamos a una *realidad de contrapoder social* determinado en función del Estado, el cual definimos como síntesis del Estado propiamente tal y la sociedad civil.

Al proletariado, sujeto de explotación en el curso de la producción moderna se sustituye la clase obrera al interior de una masa social heterogénea, explotada y excluida.

Al complejo de determinaciones económicas no explicitadas sustituimos las situaciones poli-

ticas concretas al interior del bloque social dominante.

Son las conclusiones que se imponen cuando en América Latina se restituye lo político a una masa siempre creciente de excluidos del sistema.

4

La violencia impuesta por la potencia imperial (USA) en América Latina prefigura períodos de lucha y de resistencia en las dos décadas que restan del siglo XX. La intervención de los ejércitos tiene a crear zonas de violencia extrema en territorios cada vez más vastos y en los cuales ya no existe ningún poder de negociación social posible.

El nacional populismo de los años 60 y comienzos de los 70 es sustituido por la hegemonía de las burguesías locales políticamente sobreterminadas por el partido militar nucleado en el aparato del Estado. Surge así una nueva estructura de mediaciones sociales, medios de coerción y de consenso, clases (clientela formada por pequeña burguesía, intelectuales, banqueros, comerciantes...), representando en su importancia

el juego de sobredeterminaciones del poder dictatorial militarizado.

En la práctica de las masas por el socialismo y en un sentido general por su liberación, la acción de los cristianos es el antecedente necesario en las luchas de liberación en América Latina.

¿Cómo entender la práctica política por el socialismo, sino a partir de la comprensión de los procesos de evolución social y de un compromiso real con el único sector social que nada puede esperar del carácter capitalista de la sociedad?

De aquí resulta un punto de encuentro entre cristianos y marxistas, pero es también un punto de partida autocrítico de teorías y prácticas que algunos han querido presentar como sistemas cerrados inmutables. Esa vía es la del fraude y del fracaso. La otra, aquella donde todo puede ser sometido a discusión y a búsqueda, es la única vía posible en un método que se afirma, por su propia materialización y prueba, en la práctica revolucionaria de liberación.

Bamako, 19 de abril de 1983

LUCHA Y PERSPECTIVAS DEL SINDICALISMO CHILENO

Luis Meneses

El autor es miembro del Comité Central (segmento Europa-Africa) del Partido Socialista de Chile y su actividad sindical es conocida, no sólo por los trabajadores chilenos, sino que por las más importantes centrales sindicales del mundo.

Es indiscutible que el sector social más violentamente golpeado por la dictadura ha sido el movimiento sindical. Pero a su vez han sido los trabajadores con sus organizaciones sindicales las que mejor han resistido al régimen totalitario. Podemos decir, sin caer en exageración, que el movimiento sindical se ha constituido en el más importante símbolo de la resistencia abierta a la política de la dictadura.

Tempranamente fue entendido por la mayor parte de los trabajadores que la dura represión impuesta por la dictadura apuntaba a la desarticulación, control y finalmente a la destrucción del movimiento sindical. Se comprendió entonces que salvar el sindicalismo significaba desarrollar una actividad que permitiera mantener viva la acción sindical. Por lo tanto, Federaciones y Sindicatos se dieron la tarea, que junto con defender la existencia de sus organizaciones, debían impulsar todas las acciones que fueran posibles, como podían ser: programas culturales, deportivos, artísticos, y así pasar después a la realización de seminarios de estudios, capacitación, etc.

La primera etapa de vivencia del movimiento sindical fue realmente dramática; la violenta represión generó la lógica confusión y dispersión. Su reorganización se hizo más difícil aún, si se toma en cuenta que se había hecho habitual la participación de los partidos políticos en la vida sindical. Al carecer de esa fuerza de gravitación, los trabajadores se vieron obligados a confiar solo en su capacidad y utilización de sus fuerzas propias.

Las diferentes formas de organización que los trabajadores se han ido dando obedecen a la búsqueda de condiciones más favorables de sus luchas, lo que ha demostrado la justeza de su posición, porque han podido resistir con éxito. Todas ellas han surgido como iniciativas avanzadas, muchas de las cuales no tuvieron práctica anterior, como por ejemplo, las de cesantes y bolsas de trabajo, y las más importantes tal vez, el agrupamiento de Federaciones, que se convirtieron posteriormente en las de mayor relieve a nivel nacional. La Iglesia Católica ha jugado un rol muy importante con su constante respaldo, como asimismo el Movimiento Sindical Internacional, por su permanente apoyo.

Hoy día, verdaderamente, existen ya mejores condiciones, tanto en correlación de fuerzas como en forma estructural. Sin embargo, es aún largo y difícil el camino por recorrer. Pero es evidente que renace un sindicalismo llamado a desarrollar un nuevo rol. Bajo condiciones de dictadura, el movimiento sindical enfoca su lu-

cha básicamente por el restablecimiento de la democracia.

Nuevas orientaciones

Las acciones concretas se han ido diversificando; ya no sólo la preocupación se centra en los aspectos reivindicativos, porque en la lucha diaria ocupa lugar preponderante, el requerimiento por el respeto de los Derechos Humanos y Libertades Democráticas. Es decir, el sindicato que hoy emerge en la lucha por tales objetivos se desarrolla como fuerza exigiendo participación en la reconstrucción de un Estado de Derecho. El sindicalismo chileno se está forjando en una lucha dura y costosa, pero con una orientación muy diferente a la que tenía antes del golpe, todo indica que no sólo los trabajadores luchan por participar en la creación de una nueva sociedad, sino ser dirección de ella.

En la trayectoria de actividades aparecen bien marcadas una serie de iniciativas del movimiento sindical por aglutinar las capas de la sociedad más afectadas por la política del régimen, de manera que en la tarea de unificación de las fuerzas opositoras a la dictadura el movimiento sindical debe y puede cumplir un papel de importancia como centro aglutinador, y ese rol tiene que ser suficientemente considerado.

Existen muestras claras y decididas de cómo el movimiento sindical antidictatorial ha hecho conocer públicamente el descontento nacional de los trabajadores. Sucesivos documentos de análisis sobre la situación chilena han denunciado en forma descarnada la profunda crisis económica, política y moral que vive el país, señalando y atacando causas y responsabilidad del régimen de la tragedia nacional.

Así lo constatan los documentos de cada 1.º de Mayo, de todas las organizaciones sindicales máximas. Así lo han expresado reiteradamente la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), la Unión Democrática de Trabajadores (UDT), la Confederación de Empleados Particulares de Chile (CEPCH), la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), etc. Cada vez se han ido profundizando más los planteamientos políticos y emplazamientos al régimen, como se planteó en el documento Presente y Futuro de Chile, del Comando Nacional de Defensa de los Derechos Sindicales, en el Pliego Nacional, de la Coordinadora Nacional Sindical, y en el llamado de Unidad de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF).



El Presidente Salvador Allende hablándole a un grupo de pobladores.

Sin duda que la superación de los problemas cardinales que vive el pueblo chileno tendrán una relación muy directa con lo que sean capaces de hacer los trabajadores, por tal razón es fundamental apreciar la transformación que está en marcha en el movimiento sindical como sujeto efectivo y transformador para la estrategia de los cambios y democratización de la sociedad.

Autonomía de las acciones

Paulatinamente se han ido marcando nuevos estilos de trabajo restringidos por cierto —pero lo suficientes para hacer posible la superación de incontadas diferencias, faltando, por supuesto, muchas otras por salvar. Pero lo resaltante es la voluntad y decisión de los trabajadores para recoger positivamente las experiencias de sus luchas y utilizar métodos e instrumentos de acción en la generación de un nuevo modo de concebir la unidad, para alcanzar la democratización y creación de un nuevo orden económico y social del país.

Obligatoriamente y como una necesidad impuesta por las circunstancias, el movimiento sindical ha desarrollado su accionar, en medida importante, sin contar con aquella especie de manejo o tutelaje político, por lo menos diferente a lo que sucedía antes. En la práctica el trabajo se ha ido generando con un cierto grado de autonomía. Sin embargo, es importante señalar que, pese a las nuevas orientaciones y dificultades, producto de la política represiva, ha seguido existiendo relación entre el movimiento sindical y los partidos. Pero sí es una relación que marca notorias diferencias, entre las nuevas formas y las viejas concepciones.

Las nuevas formas de acción no son en base ni a recetas foráneas ni a la copia de otros sistemas, sino que ha sido la propia iniciativa de los trabajadores y la germinación de ideas que desde hace bastante tiempo venían ocupando la mente y preocupación de importantes sectores. Es necesario tener en cuenta que esta nueva situación se da en los momentos más difíciles de la historia del sindicalismo chileno, por tanto la consideración debe estar orientada a concurrir en colaboración.

Fundamentalmente constatamos que la práctica de esta independencia política y autonomía de acción pone como prueba evidente la demostración de la capacidad del movimiento sindical para elaborar e implementar sus propios programas. Queda nítidamente de manifiesto que no es apolítico, porque busca la transformación del Estado como totalidad, porque persigue alcanzar la formación de una sociedad de Derecho, Justicia e Igualdad, y en ella exige participación en su generación y conducción.

La experiencia vivida por el movimiento sindical, y el precio que ha pagado en estos años de dictadura, lo debe llevar al convencimiento de concepcionar un nuevo estilo de sindicato, que teniendo plena consideración de la rica historia del movimiento sindical tenga en cuenta no cometer los vicios y errores del pasado. Con la aplicación

de tales criterios, podrá concebir e interpretar correctamente lo que debe ser la nueva unidad, cimentada en igualdad de deberes y derechos.

Los métodos renovadores de la lucha sindical se afianzan en la vida práctica. Deberán sí, ir avanzando en el marco unificador de acciones conjuntas, lo que ya se ha demostrado en varias ocasiones, cuando se ha logrado la coordinación necesaria en la lucha por objetivos comunes. Pero es necesario continuar el esfuerzo en la profundización y continuidad. Corresponde hacer un mayor empeño conjunto para superar las principales fallas que observamos, a fin de hacer posible que la unidad de acción no sólo se dé esporádicamente, sino que se incorpore al quehacer permanente de todo el movimiento sindical democrático, y que esta acción sea asumida real e integralmente por las bases sindicales, y no sólo por dirigentes de cúpulas directivas.

Balance positivo

Debemos hacer una justa valoración de lo que ha sido la actividad sindical, porque los trabajadores no sólo se han conformado con salvar sus Sindicatos y Federaciones. Lo más preponderante a mi juicio es la capacidad para crear el tipo de organización, que al margen de las leyes dictatoriales, ha emplazado al régimen en forma decidida, y continúa el combate por los derechos democráticos sin claudicaciones, a pesar de la represión.

Al acercarnos a los diez años de dictadura, las organizaciones sindicales de nivel superior se empeñan en articular la ofensiva por la restauración de las libertades ciudadanas. Todos los campos de la vida social del país expresan la protesta en las más diferentes formas contra el régimen. Este accionar preocupa enormemente a la dictadura, y reacciona de la única manera que sabe hacerlo, recrudesciendo la represión, con nuevos asesinatos a cargo de sus aparatos policiales, y reabriendo el campo de concentración de Pisagua utilizándolo para masivas relegaciones.

Pero lo que la dictadura no puede impedir es el alza ostensible de la efervescencia en todos los sectores democráticos de la población, lo que nos impone la responsabilidad de encontrar la forma de traducir más plenamente la lucha contra el régimen. Considero que se han abierto nuevas brechas contra el régimen dictatorial, con el nuevo emplazamiento político y sindical expresado en la Carta Abierta, dirigida a PINOCHET, firmada por más de 1.200 dirigentes sindicales, y el Manifiesto Democrático de la Multipartidaria.

El acontecer y acrecentamiento de la lucha en el interior son factores que nos imponen al exterior el compromiso de reforzar el apoyo solidario. La Conferencia Internacional sobre los Derechos Humanos y Sindicales en Chile organizada por la CIOSL y sus afiliadas, realizada en Madrid el 11 y 12 de marzo último y posteriormente en Washington, se enmarca justamente en ese reforzamiento, por tanto entregamos nuestro más decidido

apoyo y solidaridad a todos los dirigentes sindicales que vinieron de Chile a participar en estos eventos, y que han sido víctimas de malsanos ataques de la dictadura y sus colaboradores.

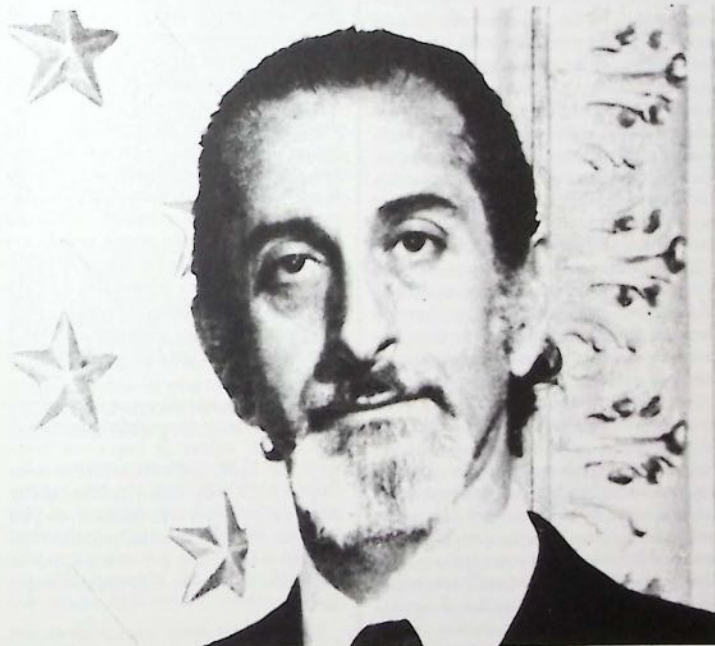
La formación en el exterior del COMITE SINDICAL CHILE responde a la necesidad de aglutinar el esfuerzo común en la concreción del respaldo a la lucha de nuestro pueblo contra la tiranía. Pero es además la consecuencia política de nuestra tradición de amplitud y unidad, de modo que seguiremos entregando todo nuestro esfuerzo al desarrollo y consolidación de esta instancia unitaria.

No ha sido tarea fácil llegar a los acuerdos de formar una estructura sindical amplia y unitaria para recabar la solidaridad internacional hacia los trabajadores chilenos. Se torna más difícil impulsar su desarrollo, especialmente porque hay tendencias que siendo integrantes de

ella no mueven un dedo por su marcha, es peor aún, la bloquean y desprestigian.

Todos los que trabajamos en la solidaridad sindical, o estamos vinculados a ella en los diferentes países, sabemos claramente quiénes nos empeñamos en fortalecer realmente las actividades del Comité Sindical Chile. También sabemos quiénes no lo desean, pero si hablan mucho de «Unidad»; no es necesario nombrarlos, los hechos los identifican. Actitudes de esta índole no nos amilanan, seguiremos con renovadas fuerzas las acciones de apoyo solidario a los trabajadores chilenos, y como Primer Vicepresidente del Comité, y responsable sindical en el exterior del Partido Socialista de Chile, llamo a todos los sindicalistas y a los que colaboran con este trabajo, sin excepción, a entregar el máximo aporte para fortalecer el respaldo a la lucha de nuestro pueblo.

Bruselas, abril de 1983



José Tohá, destacado dirigente del Partido Socialista de Chile, asesinado por la dictadura.

Alicia Herrera

La autora de este trabajo es una conocida magistrado chilena que presidió la Federación de Trabajadores Judiciales y fue ministro de la Corte del Trabajo de Santiago y presidenta de la Corte del Trabajo de Concepción. Conocedora profunda de los problemas de la mujer en nuestra época, expone con claridad algunos de ellos en el artículo que publicamos.

Introducción

La alternativa del rol de la mujer latinoamericana en la próxima década —en que los pueblos de este Continente enfrentan el desafío de su liberación de las dictaduras militares y del neocolonialismo económico— dependerá, en definitiva, de que logre despegar la coyuntura política en que se encuentra, aprenda a distinguir las miras y objetivos del Poder, que estructura su «condición», desmontando pieza a pieza los mecanismos con que se genera, promueve y mantiene su «rol» en la sociedad, hasta ser capaz de hacer una contraofensiva que no profundice la separación hombre-mujer, producida por la superestructura, sino que, a la inversa, destruya esa falsa «separación» y «diferencia», que corrompe no sólo la condición humana de la mujer, sino también, y muy profundamente, la del hombre.

El temor que experimentamos frente al conservadurismo de la mujer latinoamericana se encuentra abonado por duras y claras experiencias históricas. Las movilizaciones de resistencia de «dueñas de casa» o «amas de casa» en los procesos democratizadores de Guatemala, Brasil, Cuba y Chile no pueden ser olvidados. Al contrario, existe el grave imperativo de estudiarlos, analizarlos y confrontarlos para dar una respuesta científica de las motivaciones y condiciones que se dieron en esos países para que, inclusive mujeres que vivían toda clase de opresiones en la sociedad que se estaba formando, hayan sido utilizadas políticamente por quienes se resistían al cambio.

En todas estas luchas «en defensa de la libertad y la democracia» no estuvieron las trabajadoras —obreras o campesinas—, ni

las estudiantes —«secundarias o universitarias—, ni las artistas, ni las profesionales. En estos movimientos que instrumentalizó la oposición estuvieron las «apolíticas amas de casa», precisamente aquellas mujeres que siempre miraron con recelo a las que de una manera u otra participaban en la vida política y propugnaban un sistema más justo en la sociedad. Estas mujeres que, por definición, nunca se interesaron por la suerte de su país, que jamás comprendieron la importancia política del manejo del sistema educacional o de los medios de comunicación, que ignoraban qué eran los Derechos Fundamentales y que vivían alimentadas con los sueños que estimulan las revistas del corazón, de pronto... despertaron de su letargo, se activaron y, como robots dirigidos a distancia, empezaron a hablar un mismo idioma, a actuar en un mismo sentido y a comprender los mismos mensajes; se volcaron a defender una democracia en cuya construcción no habían participado, unos derechos por los que no habían luchado y unas libertades de que nunca gozaron en su cotidianidad.

Junto a estas mujeres —que no se identifican por su raza o nacionalidad, sino por su función de «amas de casa»— encontramos en Latinoamérica la mujer que se incorpora en la vida social y política, que se siente sujeto y que, si es necesario, con los hombres entra en la lucha, armada o no, para defender no sólo sus intereses y los de su familia, sino los de la comunidad en general.

La diferencia entre estas mujeres que conviven en un mismo suelo no proviene, evidentemente, de su sexo, tampoco de su

condición económica ni de clase. Depende fundamentalmente de su inserción social, de la forma en que se impregna o no de la cultura de su época; de su marginalidad o no, de su civilización y de su entorno; de su comprensión de cómo los «intereses generales» de la sociedad se confunden con sus «intereses particulares».

En este trabajo queremos estudiar el fenómeno de las «amas de casa», que para estos efectos son aquellas que como proyecto de vida se preparan para dedicarse en forma exclusiva y excluyente a la atención de su hogar, su marido y sus hijos; que miran a esta actividad como su profesión —«sus labores»— y que entienden que lo que las aparta de estas actividades, en alguna medida, las «desnaturaliza» como mujeres.

Entendamos que este problema nos afecta a todos —hombres y mujeres que aspiramos a cambiar las relaciones humanas y de poder en nuestro continente— por cuanto ha contribuido de manera importante a frenar el progreso y el cambio social. Estas mujeres están todavía *ahí*, a la vuelta de la esquina, silenciosas, aisladas, inconscientes de su verdadero rol, sin saber a quienes están sirviendo ni el precio que están pagando por la custodia y conservación de valores ajenos.

«Cuando los antropólogos hablan de una cultura humana normalmente se refieren al estilo de vida total, socialmente adquirido, de un grupo de personas, que incluye los medios pautados y recurrentes de pensar, sentir y actuar y se basa fundamentalmente en el control que la generación de más edad ejerce sobre los medios de premiar y castigar» (1)

Las mujeres cuyo proyecto de vida es ser «ama de casa» son productos de la sociedad, pero no consecuencia indirecta de sus tradiciones, como normalmente se cree, sino «producto» en el sentido de «OBRA»; resultado asegurado con mucho esfuerzo, con mucha dedicación y mucho trabajo.

(1) Marvin Harris: «Introducción a la Antropología General»

Ningún cabo está suelto en este empeño, nada está entregado al azar o a la casualidad. La elaboración de una «ama de casa» es fruto de una gran preocupación del Poder, que se encuentra en todas las sociedades y que se expresa en normas civiles, penales, administrativas, laborales, etc., y que regulan el desarrollo de la mujer meticulosamente hasta conformar este sujeto —ama de casa— a quien premian con respeto y reconocimiento social («señora») y que están prestas a castigar, aislar y entorpecer la actividad de cualquiera que escape al «modelo» o lo realice de manera diferente a la prevista.

La parte más importante de la elaboración de una ama de casa y del hombre que va a ser su pareja y su proveedor se produce en el interior del hogar. Allí se desarrollan, a través de múltiples mecanismos —que también provee el sistema—, las personalidades femeninas y masculinas, las diferencias, las dependencias, las jerarquías, hasta llevarlos a desear aspirar y luchar por realizar «la imagen» que se les ha prefabricado.

En el interior del hogar —donde se desenvuelven las personalidades y las aspiraciones de los seres humanos— encontramos un sujeto de educación, socialización, «enculturación»: la madre (que ha sufrido su propia doma) y unos objetos de socialización, formación y educación: los hijos —hombres y mujeres— en proceso de creación, de incorporación de su civilización, en gestión de su «segundo nacimiento» (2).

En el interior del hogar se reproducen los personajes, sus roles y su lugar en la escena y es fundamentalmente la «madre ama de casa» el motor que activa las diferentes piezas para que la «Obra» continúe.

Si la «familia» es el campo de cultivo de los caracteres de la mujer que estamos analizando, es necesario tener en cuenta algunos antecedentes de esta Institución —base de la sociedad— que no sólo es condición de existencia de la ama de casa, sino que ésta existe para que se conforme aquella. Es tan estrecho el vínculo que, verdaderamente, si no se profundiza, no se sabe dónde termina

(2) Rene König: «La familia en nuestro tiempo».

una y dónde empieza la otra: existe familia porque se hacen amas de casa y maridos que las mantengan y existen amas de casa porque las «prepara» la familia.

«A un mismo efecto corresponde siempre una misma causa» (3)

Cualquier investigación sociológica o antropológica sobre el desarrollo de los seres humanos nos lleva a la conclusión de que si el estatus secundario de la mujer en la sociedad «es un hecho universal, un hecho panacultural» (4) éste se produce, inevitablemente, en relación con el rol que la mujer tiene asignado en la familia, que TAMBIEN «es un hecho universal o un hecho necesario en cualquier tipo de sociedad» (5).

Si es verdad que «Familia —o formas de familia— encontramos en todas las sociedades conocidas» (6), también es cierto, que la familia no se origina en los individuos, sino a partir de la superestructura de la sociedad y, a pesar de ser «misteriosamente necesaria» (7), varía incansablemente de sociedad en sociedad —y aún en la misma sociedad y en la misma época— de acuerdo a los sistemas políticos y económicos que, en definitiva, son «los que deciden qué tipo de forma adopta la familia en los casos concretos» (8).

La familia varía de sociedad en sociedad, pero, sólo varía de «forma» no de OBJETIVO. En todas las sociedades encontramos —como dice Levy Strauss «un conjunto preciso de reglas que perpetúan a lo largo de generaciones la fábrica social». Con ese «conjunto preciso de reglas» siempre se persiguen los mismos objetivos:

— La creación de los géneros «femenino» y «masculino» y la división del trabajo entre ellos antes de la incorporación de la cultura.

(3) E. Durkheim: «Reglas del Método sociológico».

(4) Sherry Ortner: «La mujer y la cultura».

(5) José R. Llovera: «Polémica sobre el origen y universalidad de la familia. Introducción».

(6) Margaret Mead: «Machos y hembras».

(7) Claude Lévy Strauss: «La Familia».

(8) René Kœnig: Op. cit.

— La canalización y administración de la sexualidad; y

— El control y dirección de la «socialización» o «enculturación» de las criaturas.

La creación de los géneros y la división del trabajo.

En toda sociedad «los machos y hembras aprenden el significado de sus diferencias corporales y el papel de cada sexo dentro de la sociedad». En este «aprendizaje», la cultura define el comportamiento de uno y otro sexo. Se puede encontrar gran variedad de formas «en que los papeles de los sexos han sido fraguados, PERO SIEMPRE HALLAMOS LA NORMA» (9). Nunca los roles se desarrollan en forma espontánea.

Los mecanismos a través de los cuales se conforman lo «femenino» y «masculino» son muy complejos y no pueden ser tratados en extensión en un trabajo de esta naturaleza. Ellos se esconden, se enmascaran para entregar apariencias de verdad y realidad y convencernos que hombres y mujeres son como están definidos y con las cualidades que se les atribuyen. «Cualidades míticas y reales (como dice Jorge Gissi): reales, porque se dan. Hay relación entre la mujer y el hombre promedio y las características masculinas y femeninas = míticas, porque se suponen inherentes a la «esencia» del hombre y la mujer y no culturalmente creadas, como se puede fácilmente demostrar».

Todos los niños humanos comienzan su vida en estado de dependencia. En esta fase del desarrollo no hay diferencia entre niños y niñas (10). Salir de la dependencia es un problema de aprendizaje, de capacitación, de experiencia, de culturización (proceso que en general englobamos en el vocablo «educación», sin profundizar en todo el contenido que este término encierra). Esta «educación» puede ser una preparación para que el hombre asuma su civilización y

(9) Margaret Mead: Op. cit.

(10) Kay Martin y Bárbara Voorhies: «La mujer, un enfoque antropológico».

se desenvuelva en ella o puede ser una condena a la dependencia o a la falta de libertad. En este sentido el control de los grados de capacitación de los seres humanos implica el control de un factor determinante en la posterior inserción en su «correspondiente» estrato social.

La creación de los géneros «femenino» y «masculino» y la división del trabajo entre ellos aparte de generar «dependencias mutuas» (porque cada uno está dotado de su propia incapacidad) produce otros efectos mucho más graves: genera diferencias y separación entre individuos de diferentes sexos («somos lo que hacemos») (11), se conforman «animales de distinta especie», que no comparten ni aspiraciones, ni ambiciones, ni emociones. Son estimulados en distintos sentidos, no pueden comprenderse ni comunicarse y viven en distintos mundos (el público y el privado). Difícilmente se «encuentra» en la vida.

La canalización de la sexualidad

En el control y administración de la sexualidad hay normas que condicionan, desvalorizan, castigan y premian. En todas las sociedades conocidas se siente la férrea voluntad del Poder, dirigida a velar por la forma en que se expresa la sexualidad de sus miembros. La «sexualidad dentro de la legalidad» es principio de moral básico en todas las sociedades.

Como bien dice Michel Foucault, «a través del sexo, se tiene a un tiempo, acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie». El Poder utiliza la sexualidad como instrumento para penetrar los cuerpos sociales «de manera cada vez más total» (12).

En este «conjunto preciso de reglas que perpetúan a través de generaciones la fábrica social» —de que habla Levy Strauss— el control de la sexualidad, que generalmente se expresa en represión, es posiblemente el más importante. Encontramos

(11) Carlos Castillo del Pino: «Cuatro ensayos sobre la mujer».

(12) Michel Foucault: «La Historia de la Sexualidad».

muchas sociedades —principalmente entre las más subdesarrolladas y primitivas— donde la mujer puede estar muy capacitada para trabajar, y de hecho, en algunas, produce con su trabajo mucho más que el hombre, pero en ninguna deja de existir la dirección y la represión de la sexualidad. De estudios hechos por sociólogos y antropólogos, se podría sostener que donde más produce la mujer para la sociedad goza de menos libertad sexual.

El control y dirección de la «educación» de las criaturas

Este es, a nuestro juicio, el objetivo «misterioso» y final de todos los demás. A través de los mecanismos con que se crean los géneros; las normas que les dan contenido (no siempre el mismo en las diversas sociedades); que mantienen el estado de dependencia de la mujer y que acostumbran al hombre a «querer» alimentar a ésta y a su prole; que gobiernan la sexualidad y la llenan de mitos y tabúes, y que ha perpetuado a lo largo de generaciones la familia, el Poder ha podido CONTROLAR EL PODER NATURAL Y BIOLOGICO DE LA MUJER DE PARIR A TODOS LOS SERES HUMANOS, DE ALIMENTARLOS EN SU PRIMERA INFANCIA y por esta circunstancia de ser la primera socializadora, la que les entrega «la papilla informativa de conocimientos y experiencias que van formando la mente, con sus prejuicios, creencias y emociones» (13)*.

Toda sociedad humana —por primitiva que sea— enfrenta el problema de transmisión y expansión de los conocimientos, QUE SON PERECEDEROS. A medida

* El hombre no trae genéticamente heredado ninguna forma de comportamiento. «Al nacer, casi el 90 por 100 de sus neuronas están aún por formar y su estructuración depende tanto del aporte alimenticio como del aporte informativo. El menor carece de capacidad de juzgar y, por tanto, está inerte frente a la carga ideológica que recibe desde que empieza a ser estimulado» (José Rodríguez Delgado: «La nueva evolución del Hombre»).

(13) José Rodríguez Delgado: Op. cit.

que se hace más compleja y más clara la dominación de castas o grupos sobre ella, la transmisión de la cultura, la ideología y los valores en que sustentan la dominación, se convierte en un importante problema político. Que se transmite y cómo se transmite, son **PROBLEMAS DE ESTADO**.

En este camino de formar seres socialmente adaptables —«con la misma identidad»— que reproducen modelos previamente definidos, que aceptan las reglas de «su cultura» y su «civilización», el **PODER** se ha encontrado siempre con el poder educador natural de la **MADRE** y los grupos, castas o élites que han gobernado, lo han resuelto siempre de la misma forma: neutralizando a la madre en tanto persona —fundamentalmente frenando su capacidad y libertad de crear su propia imagen y su identidad, de vivir experiencias, de aprender de ellas y de transmitir lo que ha aprendido con su propia experiencia— impidiendo su desarrollo, marginándola como ser social, haciéndola dependiente controlando su sexualidad y llevándola al matrimonio para poder subsistir.

Esta «neutralización» de la madre, como agente socializador, no significa que no educará. Significa que por su marginalidad, su falta de educación, su «subsociación» y su desconocimiento del medio que la rodea, sólo podrá transmitir conocimientos y valores ajenos. Está condenada a ser dirigida desde fuera y, por no conocer sus propios intereses, se mueve sólo en función de los estímulos de su rol: su hogar, su marido y sus hijos.

Esta «madre —ama de casa— neutralizada» vive al margen de la dinámica social, en el pequeño mundo que se la situó en su proceso de «doma». Es, aparentemente, igual a los demás miembros de la sociedad, pero su «personalidad» adquirida en un largo y duro aprendizaje, es diferente. Vive enquistada en una sociedad que desconoce y se mueve difícilmente fuera de los límites de sus «dominios».

Esta mujer no puede ser sino conservadora. Tiene una visión estática de la historia. Los procesos sociales pasan, pero las «amas de casa» quedan. Carece del sentido

de libertad suficiente como para imaginarse cambiando su «rol». Ningún sistema ni ninguna época le muestra una «imagen» distinta de la mujer. Es incapaz de crear porque tiene un nivel muy bajo de autoestimación.

En el cumplimiento de su misión esta madre sólo puede reproducir lo que ha aprendido y dentro de los límites de su aprendizaje. Esta madre no pone nada en riesgo y asegura la reproducción de los modelos y, con ello, la mantención de los sistemas políticos, económicos y sociales y la división de los sexos para que el ciclo continúe.

Estas «amas de casa» —que en algunos estudios aparecen dentro de las «minorías discriminadas»— son más del 50 por 100 de la población y paren, crían y «educan» al cien por cien de los seres humanos.

Conclusión

Si reconocemos que la mujer, por condición biológica, es la primera socializadora de los seres humanos; si asumimos que la sobrevivencia de una cultura o sistema depende en forma esencial de la socialización de sus miembros; si aceptamos que en cada criatura la sociedad enfrenta el problema de incorporar su cultura, su esquema de valores, para producir un ente socialmente aceptable y capaz de integrarse en ella y de compartir sus «ideales»; si tenemos la certeza de que «todas las formas de comportamiento cultural pueden perderse, son compradas a muy alto precio y caramente conservadas», (14) quizás podamos empezar a comprender por qué, en un momento dado, los que han manejado el Poder llegan a establecer esta simbiosis con las «amas de casa» que ellos mismos han estructurado, esta capacidad para enviar los mensajes que estimulan su animación y por qué éstas se sienten interpretadas cuando se pone en riesgo el sistema en que aprendieron a vivir; por qué son incapaces de enfrentar un proceso de cambio y, finalmente, por qué estas mismas fuerzas reaccionarias han conse-

(14) Margaret Mead: Op. cit.

guido generar un anticuerpo contra todo el que pretenda cuestionar la «dignidad del rol tradicional de la mujer»*.

Como dice Marvin Harris, «una vez comprendido el enorme poder que la enculturización ejerce sobre toda conducta hu-

* Evidentemente, quienes tienen que tener más claro lo instrumentable que es la relación hombre-mujer-hijo son las dictaduras. Muy esclarecedor al respecto es el Cuaderno de Difusión de la Secretaría Nacional de la Mujer, creada por la Dictadura chilena, que se refiere a «La familia» donde se advierte que esta materia «no se puede descuidar en ninguna acción cívica; que es *muy peligrosa* la concepción de que da lo mismo ser hombre que mujer; que el niño debe aprender a renunciar, a someterse a una disciplina desde el primer momento de su vida consciente; que los padres transmiten valores a los hijos, por eso hay que inculcar valores a los padres, para que éstos lleguen a los hijos y a través de ellos se transmitan a las generaciones futuras». «Tenemos que proyectarnos más allá de las generaciones vivientes.»

mana, ya no se puede despreciar racionalmente a aquellos que han sido enculturizados según pautas y prácticas diferentes a las nuestras». Es necesario un estudio objetivo de este fenómeno, «sin permitir que los prejuicios influyan en el resultado de la investigación» (15).

En este ciclo en que la «ama de casa» es obra e instrumento de un sistema de dominación de clases, tenemos que interferir los que queremos cambiar la forma en que se ejerce el poder, hasta conseguir que la vitalidad de la mujer no sea desnaturalizada y manipulada en función de intereses ajenos. No podemos desconocer que cuando la mujer adquiere conciencia política es un agente de cambio y lo que ella es lo proyecta en sus hijos. ¡Ese es el grave peligro que ha enfrentado siempre el conservadurismo!

Madrid, mayo de 1983

(15) Op. cit.



Imagen de Salvador Allende, reconcentrado antes de dirigirse al pueblo de Chile.

PERU: CRISIS SIN SALIDA Y PERSPECTIVA POPULAR

Ricardo Napurí

El autor de este trabajo, que nos ha enviado especialmente, es el senador peruano Ricardo Napurí, cuya inalterable defensa de las posiciones revolucionarias le ha dado una autoridad y prestigio muy efectivos ante las masas trabajadoras y el pueblo de su patria.

La renuncia en diciembre pasado del Gabinete presidido por Manuel Ulloa, hombre muy ligado a la banca imperialista, y su remplazo por Fernando Schwalb, embajador en Estados Unidos y primer vicepresidente de la República, no es un hecho menor. Expresa la profundidad de la crisis política de la clase gobernante, de su rotundo fracaso para encarar y dar una salida progresiva a la crisis económica que la corroe profundamente. Fracasado Manuel Ulloa, ahora toma la posta un hombre igualmente ligado al Departamento de Estado, con el que colaborará estrechamente desde el cargo de ministro de Economía Carlos Rodríguez Pastor, peruano, vicepresidente del Wells Fargo Bank, de USA, y ausente del país por catorce años consecutivos.

Las fuerzas principales de oposición al régimen, el ARA e Izquierda Unida (1), tuvieron como estrategia en el último período la lucha por la salida de Ulloa del Gobierno, reclamando al presidente Belaúnde «que cambiara su política económica». Ha salido Ulloa y su equipo económico, pero Schwalb-Rodríguez Pastor han dicho, y sus primeros actos lo confirman, que la política económica del Gobierno no cambiará, salvo en matices. Desde su punto de vista tienen razón: la burguesía encargó a la alianza formada por Acción Popular y el Partido Popular Cristiano, en 1980 (2), que le garantizara altas tasas de ganancias, liquidando para que ello fuera posible las bases nacionalistas económicas que se viera obligado a instrumentar el Gobierno del general Velasco

Alvarado, bajo presión de las masas y de circunstancias políticas particulares. Este «mandato» no lo ha podido cumplir hasta hoy el Gobierno Belaúnde.

Carácter de la crisis

Para llevar adelante los planes de la burguesía, el Gobierno Belaúnde debía, ante todo, hacer lo que la dictadura del general Morales Bermúdez (3) no logró concretar: producir una derrota total del proletariado y las masas populares. Esto, en términos políticos, significa que, aplastado o semi-aplastado el proletariado, la burguesía pueda llevar a cabo sus planes, basados, de un lado, en la superexplotación obrera y popular y, de otro, en la casi ninguna reacción significativa de las masas ante estas medidas en su contra y ante la «necesaria» represión que las acompañarían. Pero los trabajadores, a pesar de todos los obstáculos que enfrentaron, se defendieron bien y pudieron acudillar, con altos y bajos, al movimiento de masas que resiste a la patronal y al Gobierno.

Otro obstáculo que debía despejar el Gobierno para preparar la «infraestructura» a sus planes era la liquidación inmediata de las empresas estatizadas (130, comprendiendo al 40 por 100 del capital de inversión), pasándolas a la actividad empresarial privada. Esto tampoco ha podido lograrlo hasta prácticamente la fecha (actualmente se reanuda la ofensiva y la mayoría oficialista en el Parlamento vuelve a la carga). De ahí que la burguesía encare su recomposición orgánica en malas condiciones.

(3) Morales Bermúdez: dio el golpe de estado al general Velasco Alvarado en 1975. Gobernó hasta julio de 1980, en que entregó el poder a Belaúnde Terry.

Recordemos que la crisis económica mundial ya se había desatado en su segunda fase en 1980/81 (tenemos en cuenta la crisis parcial del 73/75). Ante la profundidad de la misma el Gobierno se definió rápidamente: nada de medidas proteccionistas de corte nacionalista, que sería retornar prácticamente a la «era de Velasco Alvarado». Se optó por lo contrario: abrir las puertas al capital extranjero, sobre el estimado ideológico absurdo que «debe existir igualdad de condiciones de competitividad empresarial entre los países industrializados y los atrasados». Esta barbaridad dicha en nombre de la «libre competencia» y de la «economía social de mercado» (es decir, línea económica situada entre Martínez de Hoz en Argentina y los «chicago boys» de Pinochet). Justamente lo que exigían los monopolios y los países imperialistas para descargar parte de los efectos de sus crisis sobre la periferia de países económicamente atrasados. Obviamente un planteamiento tan entreguista como éste debía tener una base de sustentación. Fue ésta: que a pesar de ciertos indicadores adversos, en realidad se abría una etapa internacional de bonanza económica, relativamente estable y con un alza de precios favorable a nuestras exportaciones. Esto es lo que a partir de 1980 afirmaron, una y otra vez, los principales voceros del Gobierno con el presidente Belaúnde a la cabeza.

Como con el imperialismo la única carta firme que se juega es cuando se le derrota revolucionariamente, la «competencia libre» ha significado que los imperialistas nos han efectivamente traspasado una buena parte de su cuota de crisis; para ello dominan al país. Esto tiene sus «indicadores»: menores precios para nuestras materias primas; dinero escaso y más caro; injerencia «policia» del FMI: medidas proteccionistas de las grandes potencias.

Esta presión adicional del mercado mundial y del imperialismo sobre la economía del país ha sido rápidamente acusada: menores ingresos por exportaciones; endeudamiento mayor; dureza de los mercados de dinero. Y, en lo interno, la crisis de casi todas las ramas de la producción, principalmente de la burguesía industrial. Como casi nadie está conforme en el terreno empresarial, debía caer necesariamente Manuel Ulloa y con él todo el Gabinete. Y esto es lo que ha ocurrido. Resulta por tanto un error político afirmar que Ulloa ha caído porque «lo han derribado la izquierda y el APRA». En realidad la presión del pueblo trabajador ha sido una constante no despreciable, pero el hecho central es que la burguesía, que todavía puede defenderse y que de-

fendería a todo trapo un hombre suyo que le da lo que pide, lo deja «caer».

Un gobierno burgués se mueve siempre por sus intereses de clase hasta el final. Si la patronal ha dejado caer a Ulloa es porque la crisis es muy profunda. Y lo es porque Ulloa era aparentemente el «mejor hombre» para llevar adelante un esquema «friedmaniano» de la economía. Ahora la clase gobernante debe hacer el ensayo con un nuevo equipo, con los riesgos que esto supone, para hacer lo mismo que Ulloa. La burguesía sabe que si se produjera un giro de 90 grados se ahondaría la crisis aún más y ella no está dispuesta a aceptarlo. La patronal presionará porque el nuevo equipo logre éxitos, en lo que ha fracasado el Gobierno hasta hoy: golpear y golpear a las masas hasta derrotarlas en toda la línea. La patronal sabe que en una etapa de crisis el acceso a la torta económica no puede ser «igual», que ella debe prevalecer ante todo. Esto en buen romance quiere decir que la patronal acepta el cambio de gabinete siempre de que éste se comprometa a reprimir a los trabajadores para, sobre sus espaldas, garantizarse la acumulación y rentabilidad del capital deseables. Esto es lo que esperan del Gabinete Schwalb-Rodríguez Pastor quienes son sus mandantes: el imperialismo y la patronal nativa.

Rodríguez Pastor dijo, ni bien se reintegró al país después de su larga ausencia sirviendo a la banca internacional: «No nos engañemos, yo no he venido al país a reactivar la economía», agregando: «Creo que una persona que ha estado ligada a las finanzas internacionales en los últimos años puede aportar el acceso a las fuentes crediticias y pedirles que distingan entre la situación de México, Argentina, Brasil y la del Perú». Es decir, insinúa que su tarea es sólo la de «administrar» la crisis y que los sectores industriales y la industria nacional no deben aguardar nada positivo de su acción. Lo fundamental para él es «ser un buen pagador» y saber siempre «honrar» los compromisos. Más claro: pagar puntualmente y para ello sanear la economía nativa tal como lo exige el FMI. Lógicamente esta posición monetarista, que incluso está a la derecha de la de Ulloa, enfrenta al Gobierno con el empresariado nacional que justamente quiere lo contrario: el reflotamiento de la economía en crisis. Por tanto se ahonda la crisis de la clase dominante. El nuevo ministro de Economía dijo asimismo que «no conozco de problemas sociales sino de números». Para quien sepa interpretar las palabras, Rodríguez Pastor afirmó que serán los que vivan de un salario los que paguen los efectos de la

(1) Izquierda Unida (IU): frente político formado por el Partido Comunista, organizaciones neovelasquistas y las diversas corrientes del maoísmo.

(2) Acción Popular-Partido Popular Cristiano (AP-PPC): alianza formada por estos partidos para gobernar a partir de julio de 1980.

crisis, ya que él a través de los números pondrá la casa en orden en provecho... de la banca internacional imperialista. Y es lo que con convicción viene haciendo hasta hoy. A un «chicago boys» nadie le pida algo en lo que él no crea. Han sido puestos sobre la tierra para salvar monetaristamente los intereses del capital imperialista, con el costo de la ruina de la economía del país. Chile es el espejo adelantado de lo que ya va ocurriendo en Perú.

El papel del APRA

El partido aprista ha devenido una carta importante en los planes de la burguesía e igualmente de Izquierda Unida.

El APRA pugna por llegar al poder a través de las elecciones nacionales de 1985. Su estrategia es simple: la crisis económica y social que se agudizará aún más hasta esa fecha determinará que el imperialismo y la burguesía nativa «dejen» pasar a un partido burgués de lejano origen nacionalista, populista, de organización vertical, que promete establecer un régimen tipo PRI mejicano. Es decir, semicorporativo, «disciplinando» a las masas al grado que lo exija la crisis política de la burguesía. El APRA, que pretende llegar electoralmente al poder, maniobra políticamente para ampliar su caudal de masas propio, acrecentándolo además con el que puede brindarle Izquierda Unida, que hasta ahora, a pesar de las contradicciones que exhibe ante este problema, se ha manifestado por el apoyo al aprismo.

Su táctica es ésta: levantar un programa tibiamente nacionalista que pueda ser asumido «naturalmente» por la patronal nacional y el imperialismo, en una etapa de crisis. Hacer una oposición limitada al Gobierno, principalmente parlamentaria, sin apoyar la agitación en las calles. Con ello contribuye a no «destabilizar», antes de tiempo, a Belaúnde, mientras gana capital político al convertirse en la primera fuerza opositora al Gobierno. Piensa el APRA que la situación política en la coyuntura la permitirá ser la primera opción electoral y por tanto política, ganando en este curso la tolerancia o la adhesión de las Fuerzas Armadas.

El rápido ascenso del joven Alan García a la secretaría general es la materialización de estos objetivos, presentando la imagen de un partido «renovado», no en tanto a sus planteamientos, sino bajo la promesa de que con el APRA habrá cambio y renovación. En la mecánica interna del APRA la promoción de la «juventud», aunque sea aparente, significa que el

partido se apoya menos en sus capas viejas y se apresta al combate que viene apoyado en sectores de base más combativos. Asimismo esta porción de juventud es lo que aplauden las organizaciones nucleadas en Izquierda Unida, las que han exaltado el «otro APRA», aunque dejen de lado caracterizar su programa y su pasado al servicio de la burguesía y el imperialismo. El APRA «renovado» mira también al visto bueno internacional, de La Habana, o sea de Moscú; y últimamente, al proclamarse socialdemócrata, juegan al apoyo de la Internacional Socialista.

Con esto afirmamos que el APRA se prepara —con frente popular o sin él— para que la burguesía lo convierta en la opción de recambio ante el fracaso del actual Gobierno, en la situación de crisis.

El papel de Izquierda Unida

El rol de las organizaciones nucleadas en IU es decisivo en los planes de la burguesía y en la estabilidad del Gobierno. Para sus componentes no hay movimiento político progresivo sin la burguesía «nacional». El Partido Comunista pro Moscú que ha tomado el liderazgo del mismo, y que antes caracterizó al Gobierno nacionalista de Velasco como un gobierno revolucionario y a la Fuerza Armada como la cabeza de la «revolución», maniobra en su seno para conducirlo al apoyo del APRA, caracterizado como «nacionalista revolucionario y antiimperialista». El APRA para el PCP vendría a ser, como con Velasco Alvarado, el partido de la burguesía nacional antiimperialista.

Pero el APRA ha complicado la vida a IU. Como el aprismo ha tejido poderosos nexos con la burguesía nativa, que es reaccionaria, y no progresiva en el país, con el Estado y sus instituciones e incluso con el imperialismo, debe cuidar su perfil político. Por ello ha rechazado todo frente popular o pacto gubernamental con la izquierda. Insolentemente Alan García, su secretario general, ha dicho que sólo aceptarán los votos de IU, sin compromiso alguno, en la segunda vuelta electoral en 1985 (4).

Por buscar siempre a la burguesía «progresista y antiimperialista» y por no creer, o dudar, en las posibilidades revolucionarias de la clase obrera y las masas populares, IU actúa como freno a sus movilizaciones y así, objetivamente, hace el juego al Gobierno, el que la entrapa a cada rato en maniobras

(4) En Perú se requiere el 51 por 100 para ganar la presidencia. Si no se obtiene esta cifra se va a una segunda vuelta para elegir al presidente de la República.

de «diálogo» y «concertación». Por ello no pueden ser consecuentes —en un momento en que las movilizaciones son constantes y adquieren un carácter cada vez más radical— con la exigencia de éstas de centralizar sus combates y de dirigirlas políticamente. Lucha popular que lo que persigue es la *derrota* política del Gobierno pro imperialista.

En un país enormemente radicalizado, el «pacifismo» y «electoralismo» de Izquierda Unida han dejado libre un gran espacio por el que pretende colarse el grupo maoísta Sendero Luminoso. Este se reclama de la «banda de los cuatro» y ha comenzado a aplicar con relativo éxito su estrategia insurreccional («lucha armada del campo a la ciudad»). SL tuvo casi diez años para prepararse política y militarmente, a partir del dominio que sus principales dirigentes (el principal, Abimael Guzmán, catedrático de filosofía) tuvieron de la Universidad de Huamanga, Ayacucho (uno de los departamentos más atrasados del país).

Es evidente que SL ha logrado sorprender hasta hoy al Gobierno y a las fuerzas represivas convencionales, al actuar en una región campesina socialmente muy atrasada, apoyados en implantaciones antiguas. Asimismo por provenir del poderoso maoísmo de los años 63-70, mantiene una estructura partidaria relativamente importante, logrando que pequeños núcleos de activistas diseminados en puntos estratégicos del país hayan logrado la «hazaña», por ejemplo, de haber dejado por dos veces en tinieblas a Lima.

La acción insurgente de SL se ha convertido en un nuevo componente de la crisis de la burguesía. Como las Fuerzas Armadas, en vista del desarrollo de la acción insurreccional senderista, se han encargado de su represión, ha logrado lo que quería: «Que las FF.AA. salgan de sus cuarteles», abriendo la posibilidad de que no retornen directamente a ellos, sino que tomen el desvío del palacio del Gobierno. Ya hay quien comenta desde las alturas que si SL o el movimiento de masas radicalizado comprometen la «seguridad nacional», tendrán que actuar, es decir, dar el golpe de estado.

Es claro que en la coyuntura la burguesía está en un «impasse». No tiene la fuerza política para liquidar las posiciones ganadas por las masas; no cuenta con un Gobierno capaz de unificar a sus diversas fracciones y éstas no pueden aún apelar al llamado a los cuarteles porque está aún muy fresca la experiencia nacionalista de Velasco, a la que temen.

De ahí que la burguesía arriesgue el encaramiento

de su crisis actual de dominación de clase, recurriendo a la riesgosa (por ahora) vía de la salida electoral, con comicios tipo «test», a través primero de las elecciones municipales en noviembre de este año y nacionales en mayo de 1985. El país recorre una situación prerrevolucionaria, caracterizada por la tendencia a las movilizaciones de masas y los enfrentamientos de clase a clase. En un cuadro político como éste se realizarán los comicios señalados, es decir, con un movimiento insurreccional que se mantiene (Sendero Luminoso) y con las masas populares que al no aguantar la miseria creciente, la desocupación y el hambre pelean sin bajar la guardia, a pesar de los duros palos que reciben. Por ello el golpe de estado está inscrito en la situación como una constante. Puede entonces el Gobierno perder el control de la situación, una de cuyas manifestaciones concretas actuales es el vacío de poder y de mando, expresión directa de la profundidad de la crisis política.

La salida

Si somos consecuentes con el análisis, nada está garantizado en la etapa, salvo la tendencia real al enfrentamiento entre las clases sociales polares de la sociedad. Así como lo hacen las fuerzas burguesas, las organizaciones de izquierda que se mueven en el seno de las masas y hablan en su nombre deben saber aprovechar las contradicciones de la coyuntura para «pasar» su política. Esto quiere decir que no se puede dejar de lado la oportunidad de la realización de los comicios municipales de noviembre de 1983, que si bien serán concedidos por el Gobierno como un elemento de *diversión* del combate de las masas, éstas deben convertirlo en un verdadero *plebiscito* contra el Gobierno.

Asimismo, como «el proceso no espera ni perdona», en un país como Perú, capitalista atrasado, con una mayoría social pequeño burguesa, la acción de masas se presenta casi siempre con una fuerza enorme. Desde 1977 en que giró la situación política, abriéndose una etapa prerrevolucionaria, las masas trabajadoras y pequeño-burguesas forman a lo largo y ancho del país organismos de apoyo a sus luchas, denominados frentes de defensa del pueblo y asambleas populares; 2.000 de estos organismos sui géneris se han desarrollado en el país. La tendencia a la centralización de estos organismos es muy fuerte. Está actualmente el COMANDO UNITARIO DE LUCHA, patrocinado por el CGTP, central mayo-

ritaria de los trabajadores. Igualmente, con ocasión del paro del 10 de marzo último, dirigido contra el Gobierno, los llamados a la realización de una Asamblea Nacional, que centralice a las asambleas locales, ha tomado fuerza.

En una realidad política como ésta, el reto de la izquierda es muy grande. En 1978, año de gran ascenso, la izquierda obtuvo en las elecciones a la Asamblea Constituyente el 38 por 100 del electorado. En la actualidad el desafío está en retomar esta huella, porque en el complicado tejido actual el camino del poder está presente. Cómo transitarlo, he ahí la cuestión a resolver.

Lima, mayo de 1983



M. Grove, líder del partido.

DOCUMENTOS

Entregamos al conocimiento de nuestros lectores cuatro documentos de actualidad innegable. El primero es la carta dirigida por el ex secretario general del PSCH a la Comisión Organizadora del 50.º aniversario del partido; el segundo es el Manifiesto Democrático ampliamente comentado en los medios políticos chilenos; el tercero, la Carta Abierta de la Convergencia Socialista a los firmantes de ese documento; y el cuarto, el acuerdo de unidad firmado en Chile el último 19 de abril.

I

CARTA DE RAUL AMPUERO

Roma, 12 de abril de 1983.

A la Comisión Organizadora
de los actos del 50.º Aniversario
del P.S.Ch.
MILAN

Estimados compañeros,

diversas tareas y compromisos impostergables no sólo me impiden asistir personalmente a los actos preparados por Uds., sino que han hecho imposible también la elaboración de un trabajo que corresponda a la importancia de la invitación. No quisiera, sin embargo, estar enteramente ausente en la discusión de los temas que concentrarán sin duda la preocupación de los compañeros que asistan y, en primer lugar, en el que se refiere al carácter y el grado de compatibilidad entre dos iniciativas que más de alguno estimaría antagónicas y que, por el contrario, según mi opinión deben fundirse en un concertado esfuerzo de renacimiento del socialismo chileno: una es la Convergencia Socialista y la otra es el proyecto de reconstitución orgánica del Partido Histórico.

En la imposibilidad de desarrollar sistemáticamente el tema, me permitirá hacer algunas consideraciones que, a mi modo de ver, demuestran no solamente la compatibilidad de ambas tareas, sino también su indisoluble complementariedad.

Me parece oportuno recordar que las actividades de Convergencia se iniciaron cuatro años atrás, cuando los desgarramientos internos de la izquierda alcanzaban un punto

dramático, ocasionados tanto por las acusaciones y contraacusaciones acerca de la derrota del 73, como por el desencadenamiento de innumerables querellas bizantinas que buscaban «a posteriori» una explicación teórica de los acontecimientos. En tal clima, la convocatoria de los Seminarios de Ariccia constituyó un vuelco importante y se situó en un terreno de grande realismo: buscó la vía de retorno a la unidad a través de las coincidencias programáticas-estratégicas en lugar de privilegiar las definiciones teóricas o ideológicas. Aquí encontramos la razón del por qué en ese camino se avanzaba mientras las relaciones se deterioraban entre los partidos.

Esta primera experiencia deja una enseñanza que vale hasta hoy: la gente que mira el socialismo como alternativa genérica se agrupa con mayor facilidad alrededor de objetivos concretos de lucha política y de los correspondientes cursos de acción que en torno a principios más o menos abstractos o de teorías totalizantes. Y el problema no carece de importancia cuando se trata de movilizar con prontitud voluntades indispensables para abatir la dictadura, incidiendo oportunamente en la crisis que la sacude desde hace algún tiempo. Vendrá después —y está llegando ahora— el momento de la construcción o reconstrucción de los partidos en el interior del movimiento; tarea en la que seguramente recobrarán importancia las cuestiones de principio.

Con lo dicho no quiero significar que el Movimiento de Convergencia sea un expediente provisorio, destinado a aportar agua al molino de los partidos para luego ser tratado como mera masa de maniobra. No. Si somos capaces de crear una dialéctica viva entre el

Movimiento de Convergencia y la conducción partidista, habremos descubierto una nueva forma de relación entre la vanguardia y las masas, una nueva manera de hacer política, recogiendo de primera mano las inquietudes y los anhelos del pueblo y enriqueciendo con tal información el proceso de elaboración política de los dirigentes. Estaremos cumpliendo con aquello de que «el educador debe a su vez ser educado» y abandonando la versión ultra-leninista de que el partido es el dueño exclusivo de la ciencia de la revolución y de que sus líderes son sus profetas, para retornar a la idea de que el verdadero protagonista de la historia es el pueblo, son los trabajadores, es la clase obrera, y que el rol de sus conductores se limita a traducir en una síntesis política las variadas y complejas —pero verdaderas— aspiraciones de las masas.

Todo esto no puede ser entendido como un desconocimiento del valor de la teoría revolucionaria (sin la cual, como se ha dicho, no hay acción revolucionaria). Reconozco —y lo he reconocido desde mi juventud— que el marxismo es el mejor instrumento científico de la clase trabajadora para descubrir la verdadera esencia del capitalismo y comprender y asumir su propio rol liberador. Por eso soy marxista y seguramente lo seguirá siendo también el PS en vías de reunificarse, pero ello no impide que reconozca igualmente que quienes luchan sincera y eficazmente por el socialismo, aun no compartiendo del todo las tesis marxistas, son verdaderos revolucionarios. Más allá de las motivaciones subjetivas, lo que cuenta en la lucha social es la resuelta ubicación en el frente de las clases oprimidas.

La concepción de la Convergencia como movimiento pluralista envuelve también un propósito político de alto significado. Fuera de las organizaciones de izquierda y de clase, en estos diez años de dictadura debemos reconocer que un sector sustancial de la Iglesia católica ha tenido un comportamiento valeroso y ejemplar. Este es un dato nuevo en el acontecer chileno y dejará hondas huellas para el futuro. En términos más generales, todavía amplios sectores cristianos se asocian a las luchas revolucionarias en el continente. Es un fenómeno no ya marginal; está marcando un cambio de fondo en las relaciones de las avanzadas políticas y los creyentes. Sería una miopía inexcusable no tomar nota de estos hechos o no sacar las consecuencias necesarias. Si no

abrimos generosos y honestos canales de colaboración de marxistas y cristianos en un riguroso pie de igualdad, el rico patrimonio moral y político que la Iglesia chilena ha acumulado en estos años será reclamado por la Democracia Cristiana como herencia suya, sin tener títulos para ello dada su participación directa en el aniquilante del régimen democrático y su titubeante actitud política de hoy.

Es fácil comprobar que todo el sistema de alianzas de la izquierda está de hecho disuelto. También en este terreno la Convergencia desempeña un papel insustituible: en el hecho es el campo natural de coordinación de un consistente núcleo de fuerzas populares, organizadas o no en partidos, y el punto de encuentro de innumerables hombres y mujeres que desean luchar contra la dictadura sin adherir necesariamente a alguna organización política. Un tipo de unidad, en suma, que implica un notable progreso con relación a los tradicionales «frentes» experimentados con anterioridad por la izquierda. En estos últimos, los partidos se enfrentaban en las discusiones como entidades autárquicas, impermeables, herméticas, generando escasos espacios de elaboración colectiva y haciendo casi siempre infecundos los debates. En el Movimiento de Convergencia, en cambio, estamos habituándonos a discutir sin dogmatismos, a analizar con objetividad, a discurrir colectivamente; estamos logrando así una fluida circulación de las ideas, una progresiva compenetración de nuestras reflexiones y, sobre todo, creando el clima que pueda otorgar a este bloque en el futuro una gran capacidad de decisión e iniciativa política.

No dejaré aquí tampoco de subrayar el valor de la Convergencia en la formación política de la generación emergente, de aquellos jóvenes chilenos que salieron del país sin echar todavía raíces allá y que han vivido su adolescencia dispersos por el mundo. Ganarlos realmente para participar en la lucha contra la tiranía militar hoy y para la reconstrucción de nuestra patria mañana es una tarea difícil, que no puede ser encomendada exclusivamente al ámbito familiar. Debemos impedir que se transformen en una generación de apátridas, vinculándolos del modo más estrecho con la cultura y los problemas chilenos y proporcionándoles simultáneamente un ancho espacio para el desarrollo de una experiencia política viva y personal.

Habrían sido mis deseos desarrollar estas ideas y algunas otras similares en una forma sistemática, a manera de *comunicación* destinada al seminario que Uds. proyectan, pero las circunstancias ya referidas lo han impedido. Confío, no obstante, que al proseguir los esfuerzos para restablecer la unidad del Partido Socialista no olviden que un partido no se construye jamás para sí mismo, sino para servir a la liberación de una clase —y con ella y en nuestro caso— a una nación expoliada y envilecida por el imperialismo y sus sirvientes civiles y militares. El mejor homenaje a nuestros fundadores debe consistir en ser fuertes sin ser arrogantes, seguros sin ser dogmáticos, fraternos sin ser complacientes.

Les deseo el mejor éxito en sus tareas. Cordialmente, los abrazo.

Raúl Ampuero

II

MANIFIESTO DEMOCRATICO

1. Los firmantes de este manifiesto identificados con distintas corrientes de pensamiento político hemos concordado en la necesidad de expresar, pública y conjuntamente, nuestro juicio sobre la situación que vive nuestra Patria y en proponer un camino para afrontar su futuro.

2. Nuestra historia republicana no registra una crisis más profunda y prolongada que la que hoy sufre el país. Ella afecta sus bases morales, políticas, sociales y económicas, abarca a todos los sectores de la comunidad, debilita la seguridad de la Nación y agudiza las injusticias y tensiones en su interior.

3. La crisis ha llegado a provocar el colapso del sistema financiero y de los grupos que lo dirigen, que constituía la máxima expresión del modelo en el que el gobierno basaba su éxito. Quienes ahora lo critican y tratan de corregir mediante tardías, confusas y contradictorias disposiciones no pueden ocultar su responsabilidad en haberlo generado, fomentado y usufructuado durante años. Desde el comienzo denunciábamos el peligro que entrañaba aplicar en nuestro país un modelo económico que no se complace con nuestra realidad y tiene por objeto imponer un sistema de sociedad contrario a los valores e intereses permanentes de la Nación.

4. Esta crisis financiera que sacude al país no puede ocultar las pavorosas realidades que la acompañan

El Producto Nacional Bruto cayó en 1982 en más de un 14 por 100 respecto al de 1981, en circunstancias que, en promedio, el de América Latina sólo disminuyó alrededor del 1 por 100 y el de Argentina, que afrontó una guerra, se redujo sólo a la mitad. La desocupación, incluido el empleo mínimo, alcanza al 30 por 100 de la fuerza laboral, ocasionando más de un millón de chilenos marginados que, junto a sus familias, están en la desesperación, mientras las remuneraciones reales de los que trabajan han disminuido considerablemente su poder adquisitivo. La inversión ha sido la más baja de los últimos decenios y el producto por persona después de estos nueve años no ha tenido ningún aumento. Entre tanto, la deuda externa ha sobrepasado los 17.000 millones de dólares y su servicio ocupa el 85 por 100 del valor de las exportaciones, sin que el Gobierno haya explicado el destino de este inmenso endeudamiento ni se vean las obras en que pudo haberse invertido. Un ambiente de quiebra generalizada dificulta el proceso de renegociación y acrecienta la desconfianza. Desgraciadamente, pocos países en el mundo ofrecen un cuadro más desolador.

5. En el campo político interno se mantiene el régimen de arbitrariedades, principalmente originado por la aplicación del art. 24 transitorio de la Constitución. Las libertades básicas no tienen vigencia y constantemente se conocen nuevas denuncias por atropellos a los Derechos Humanos fundamentales. El país vive en permanente estado de emergencia; los partidos políticos están disueltos; las universidades, intervinidas; miles de compatriotas permanecen en el exilio; no hay libertad de expresión ni de publicación; el derecho de reunión está limitado; las organizaciones sociales, sindicales y profesionales han sido objeto de normas que limitan totalmente su participación en la vida nacional. En el orden externo, Chile aparece en una soledad extremadamente peligrosa: aislado en la OEA, censurado por novena vez por abrumadora mayoría en Naciones Unidas y, recientemente, por los gobiernos de los países no alineados. El diferendo con Argentina aún no se soluciona y es perceptible un clima de desconfianza internacional y una situación de dependencia y aislamiento que Chile nunca sufrió.

6. Lo que repetimos una vez más: esta crisis es el producto de un sistema que limita la libertad, la justicia y la participación, bases esenciales de la convivencia democrática entre los chilenos.

7. La democracia dio forma a la vida y al Gobierno de Chile desde la independencia e hizo posible su progreso. Ella le significó prestigio y seguridad como Nación. La democracia no es el caos. Quien afirme lo con-

trario define privilegios inaceptables, teme a la libertad, desconoce los valores profundos del pueblo chileno y reniega de su historia. Hacia la democracia se encaminan los pueblos latinoamericanos, y los chilenos no podemos quedar al margen de ese proceso que generará orientaciones y compromisos internacionales para el desarrollo y la paz. Si hubiera existido un Parlamento libremente elegido, libertad de prensa y acceso a los demás medios de comunicación, los abusos cometidos y las malas políticas seguidas no habrían sido posibles y los errores podrían haberse corregido a tiempo.

8. Estamos convencidos de que los chilenos quieren desarrollar su vida en una sociedad libre, en la cual no existan imposiciones ni arbitrariedades, en que se garantice el ejercicio integral de los Derechos Humanos y en la que, bajo autoridades elegidas por el pueblo, eficientes, responsables, sometidas a la ley y a la fiscalización, se concite el esfuerzo de toda la comunidad para la justa solución de los más urgentes problemas nacionales. Identificados con tales propósitos, apreciamos como de la más alta significación el llamado a las conciencias hecho por la Conferencia Episcopal en su documento «El renacer de Chile», al término del año pasado, y la reciente Carta Abierta de los trabajadores en demanda de sus derechos.

9. Ha llegado el momento de reaccionar. Por ello hacemos un llamado a todos los hombres y mujeres que anhelan la libertad, la justicia y la paz para realizar un gran esfuerzo nacional que conduzca al restablecimiento de la Democracia.

10. Si bien interpretamos concepciones ideológicas y filosóficas diferentes, que mantienen su identidad y se respetan recíprocamente por ser expresiones legítimas de amplios sectores de la Nación, hemos resuelto actuar conjuntamente a fin de impulsar un diálogo entre todos aquellos sectores sociales y políticos democráticos, con el objeto de crear los instrumentos necesarios para lograr, cuanto antes, la instauración de un régimen democrático.

11. Para lograr ese gran objetivo se debe poner término inmediatamente a los regímenes de emergencia, que han enterado más de nueve años sin interrupción y acaban de renovarse, y restablecer la libertad y seguridad individuales y su efectivo resguardo por un Poder Judicial que asuma la tutela del respeto a las personas, como corresponde en un Estado de Derecho; poner fin a las expulsiones y dar urgente solución al dramático problema de los exiliados, ejercer en plenitud las libertades de expresión o de opinión y los derechos de reunión y asociación, eliminándose las medidas que los restringen; recuperar la autonomía de las universidades

y regular la vida de los partidos políticos. Estas medidas crearían las condiciones necesarias para el más pronto funcionamiento de las instituciones democráticas, particularmente mediante la convocatoria a una Asamblea Constituyente, integrada por las distintas corrientes de opinión, y la adopción de un sistema electoral que garantice la libre, informada y auténtica expresión de la voluntad ciudadana.

12. Los gravísimos problemas económicos y sociales que se afrontan deberán ser abordados de inmediato, con un programa de emergencia que cuente con amplio consenso y ponga en marcha la capacidad de la industria, la agricultura, la construcción, la minería y demás actividades productivas, a fin de dar empleo y resolver las demandas sociales más urgentes. Este consenso deberá concertarse entre el Estado, los trabajadores y los empresarios. El Estado, desde el inicio de la República, ha desempeñado una misión vital en la sociedad chilena. Su acción dinámica y eficiente para orientar e impulsar la actividad económica, sin salirse de la órbita que le es propia, debe velar también por una equitativa distribución de la riqueza que contribuya a la satisfacción de las necesidades esenciales de la población, particularmente en esta crítica coyuntura en que la política económica implementada, ha reducido gravemente el poder adquisitivo de los sectores de menores ingresos y su derecho a una vida digna. La participación activa de los trabajadores, sin la cual no podría realizarse una recuperación económica ni establecerse un régimen democrático sólido, dignificará su esfuerzo e imprimirá un sentido social a la producción de los bienes. A su vez, la participación empresarial, desvinculada del propósito de concentración económica y sujeta a normas de bien colectivo, estimulará su capacidad creativa y la reactivación. De este modo, se contribuirá a que la Democracia que se construya sea la expresión de toda la comunidad. No se propone un consenso estático, que congele las injusticias, sino un proceso de acuerdos dinámicos que, en libertad y con responsabilidad, ponga en marcha al país, corrija sus desequilibrios e impulse un crecimiento económico sostenido y una democracia realmente participativa.

13. El afianzamiento de la Democracia se logrará a través de la formación de un nuevo espíritu de solidaridad nacional y de respeto recíproco, de eliminación de todo sectarismo y de claro rechazo a la violencia, capaz de asegurar la primacía de los valores morales, el orden interno y la seguridad exterior y de impulsar un desarrollo que satisfaga las necesidades básicas de la comunidad.

14. Sólo la Democracia es capaz de garantizar a las

Fuerzas Armadas y de orden el campo adecuado para el cumplimiento de sus labores profesionales y de contribución al desarrollo, como instituciones nacionales que cuenten con el respeto y el respaldo de todos los chilenos. Con el restablecimiento de la democracia se construirá el marco que les permita sumir plenamente las funciones que les corresponden.

15. Las corrientes de opinión que interpretamos ratifican su voluntad de trabajar en la profundización de los contenidos y propósitos de este manifiesto, para acrecentar su consenso y alcanzar una Democracia verdadera y estable.

16. Llamamos a encarar el futuro sin odios ni revanchismos, con espíritu generoso y voluntad de hacer justicia. Nuestro llamado persigue como fin reconstruir la Democracia en Chile en el más breve lapso posible, para lo cual creemos necesario la unidad de todos los chilenos que acepten lealmente sus principios y sean capaces de actuar conforme a ellos.

Firman:

Hugo Zepeda, Julio Subercaseaux, Luis Bossay, Duberildo Jaque, Gabriel Valdés, Patricio Aylwin, Enrique Silva Cimma, Fernando Luengo, Ramón Silva Ulloa, Hernán Vodanovic, Julio Stuardo.

Santiago, 14 de marzo de 1983.

III

CARTA ABIERTA

Santiago, marzo 24 de 1983.

Señores Hugo Zepeda, Julio Subercaseaux, Gabriel Valdés, Patricio Aylwin, Luis Bossay, Duberildo Jaque, Enrique Silva Cimma, Luis Fernando Luengo, Hernán Vodanovic, Ramón Silva Ulloa y Julio Stuardo.

Estimador señores:

Con profundo interés hemos tomado conocimiento del Manifiesto Democrático firmado por Uds., representando una variada gama de corrientes democráticas del país, en el que expresan su voluntad de actuar conjuntamente, con el fin de impulsar el diálogo, la participación y los acuerdos necesarios para lograr, cuanto antes, la instauración de un régimen democrático.

Como integrantes de la Convergencia Socialista valoramos esta decisión como un paso

importante hacia la indispensable concertación de todos quienes compartimos la creencia de que debe ponerse el más pronto término a un régimen político y económico fracasado, que por casi 10 años tanto sufrimiento ha causado a nuestro pueblo.

Tal como el conjunto de socialistas chilenos lo hemos expresado recientemente en una declaración pública, nos asiste el convencimiento de que la disyuntiva de fondo hoy día no es entre dictadura militar o apertura limitada, sino entre el régimen actual y una efectiva refundación democrática del país.

Nosotros estamos firmemente convencidos que la democracia es la única forma de convivencia que nos permitirá enfrentar como nación los agudos problemas internos e internacionales que se han acumulado en estos años de dictadura, si alguna convicción hemos afirmado en este período es que la democracia es un valor en sí y que debe ser cada día defendida y profundizada.

Es más, nuestra convicción es que el proceso de refundación democrática, al cual deben concurrir las mayorías nacionales, tendrá que superar los marcos de participación, solidaridad y justicia social que conocimos en el pasado.

Como socialistas aspiramos a la democratización total de la sociedad chilena, valoramos la democracia política —lo que entre otras cosas supone la subordinación de las FF.AA. a la soberanía popular— y estamos por ampliar y enriquecer sus mecanismos, para extender la participación ciudadana cotidianamente. Pero también optamos porque la participación alcance los ámbitos económicos, sociales y culturales. Sólo asumiendo estas dimensiones claves para la vida de nuestro pueblo, el futuro democrático podrá hacerse estable y profundizarse.

La Convergencia Socialista ubica esta perspectiva democrática en el marco de un ideal más permanente: La necesidad de un norte histórico democrático-socialista para Chile.

Más allá de reconocer que, al igual que nosotros, otros sectores democráticos tienen su particular visión sobre los destinos de la nación, es un hecho que múltiples y diarias expresiones, surgidas desde los más variados sectores políticos y sociales, señalan con claridad de que existe en la actualidad un consenso inmensamente mayoritario respecto de la necesidad de poner inmediatamente fin a la dictadura y de establecer los mecanismos que conduzcan hacia la instauración de un régimen democrático estable.

Pensamos que para lograr estos objetivos, es indispensable que este consenso se traduzca en una fuerza capaz de imponerlos, luchando y venciendo la obstinada decisión de Pinochet y la minoría gobernante, de mantenerse a toda costa e ilegítimamente en el poder. De aquí que resulte urgente producir una concertación entre todas las fuerzas políticas y sociales que están por la democracia.

El Manifiesto Democrático es, indudablemente, un gran paso en esa dirección. Profundizar esa perspectiva, alcanzando una concertación más amplia aún, es fundamental para que el acuerdo democrático alcance plena capacidad de convocatoria para impulsar la movilización social y garantizar la futura estabilidad democrática del país. En cambio, si persiste en ciertos sectores democráticos una lógica excluyente respecto de fuerzas que, no estando comprometidas en el manifiesto, luchan y han luchado también por la democratización, los niveles de consenso serán todavía insuficientes.

Lo que el país requiere hoy día es un vasto acuerdo nacional —un pacto constitucional— entre todas las fuerzas identificadas con un itinerario de democratización.

Estamos conscientes que este pacto no resuelve todos los problemas que enfrenta el país. Por ello es que, además de dicho pacto, aspiramos a constituir un gran bloque por los cambios, de contenido democrático y popular, que impulse con eficacia las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que el desarrollo de Chile requiere. En todo caso será el pueblo quien decidirá su destino a través de los mecanismos que se generan en una nueva institucionalidad democrática.

Basados en estas ideas es que recogemos positivamente la invitación que Uds., formulan a los demás sectores interesados en la democratización del país. Al respecto proponemos la pronta constitución de una instancia de diálogo y concertación que reúna no solo a la totalidad de las corrientes políticas opositoras, sino también, a las principales organizaciones sociales interesadas y comprometidas con la meta democrática.

Esta iniciativa tendría la tarea de ensanchar, profundizar y concretizar los consensos que objetivamente existen hoy en una amplia mayoría nacional, recogiendo las diversas perspectivas aportadas por los partidos políticos y, especialmente, abriendo un espacio de participación protagónico a los planteamientos provenientes de las organizaciones sociales.

Pensamos que los campos a privilegiar en las tareas de esta instancia de concertación deberían ser:

— La formulación de una plataforma común de lucha por el restablecimiento y plena vigencia de los derechos humanos;

— El compromiso de apoyar los procesos unitarios en los frentes sindical, gremial y estudiantil, alentándolos a expresar activamente las demandas que surgen de la base social;

— La discusión y propuesta conjunta de un itinerario de transición, de las bases de la nueva institucionalidad democrática y de las vías para preservarla y profundizarla; y

— La movilización de todos los sectores políticos y sociales, en una creciente actitud de desobediencia civil a la dictadura, como forma de imponer estas grandes aspiraciones nacionales.

Compartimos con Uds. la afirmación de que estos altos objetivos sólo se lograrán en la medida que prime entre los partidarios de la democratización del país un nuevo espíritu de solidaridad nacional, respecto recíproco y eliminación de todo sectarismo que sólo prolongaría la situación actual.

Cordialmente les saludan,

GRUPO POR LA CONVERGENCIA
SOCIALISTA

SECRETARIADO POLITICO
DE LA CONVERGENCIA SOCIALISTA

IV

ACUERDOS Y CONCLUSIONES
PARA LA UNIDAD DEL PARTIDO
SOCIALISTA DE CHILE

1. Bases ideológicas y políticas

Nuestro Partido tiene sus fundamentos ideológicos y políticos en el Marxismo, como método de interpretación de la realidad social y guía en la acción política, enriquecido y rectificado por la práctica constante de los trabajadores manuales e intelectuales y por el devenir histórico. Además fortalecido por los aportes fundamentales de los pensadores marxistas que han utilizado el método científico.

El PSCH es una valiosa herramienta y alternativa para los trabajadores de nuestro país y para la nación en su conjunto, y una fuerza trascendente que fundamenta su accionar ideológico, programático y po-

lítico en la Declaración de Unidad de 1933, el Programa del Partido de 1947 y en las líneas políticas acordadas hasta el 23 Congreso del Partido, en cuanto consagran y desarrollan la política de Frente de Trabajadores y la conducción hegemónica socialista del movimiento popular.

2. Concepción del partido

Nuestro Partido es un partido de trabajadores manuales e intelectuales que, rescatando su rol dirigente, pretende liderizar y vanguardizar la conducción del pueblo y sus organizaciones hacia la plena democracia. En tal sentido, el Partido no pretende suplantar las decisiones e instancias democráticas de la clase trabajadora.

Reafirmamos el carácter democrático del Partido, donde impera un amplio respeto a los derechos de la minoría y un debido acatamiento de éstas a las mayorías. Deberá existir un permanente libre juego de las ideas y una constante práctica de consulta a la base.

Se propenderá a la desburocratización de las decisiones y de las estructuras y se aceptará la presencia de tendencias en cuanto expresen corrientes de opinión fundadas, eliminándose todo desarrollo fraccional o caudillista.

El Partido se define como un Partido autónomo en lo conceptual, en lo ideológico, político y orgánico; y nacional, desde el punto de vista que asume privilegiadamente un proyecto de nación como expresión de las grandes mayorías del país.

Su autonomía se expresa también en el plano internacional, en su no adscripción a las internacionales actualmente existentes.

Reafirma su internacionalismo respecto a todos los pueblos, partidos y movimientos democráticos, socialistas y revolucionarios del mundo. Destaca su vocación latinoamericanista y su concepción de una Federación de Repúblicas Socialistas de América Latina. El Partido pondrá especial énfasis en la integración del movimiento revolucionario mundial y en la conformación de una corriente socialista autónoma en América Latina.

Declara su No Alineamiento con respecto a los bloques políticos y militares, privilegiando las relaciones con los países explotados del Tercer Mundo, sobre la base de una firme posición antiimperialista y anticapitalista.

El Partido rechaza todo tipo de socialismo burocrático y las pretensiones hegemónicas de un Partido

o de un país en las decisiones y en la construcción del desarrollo socialista en otros países.

Reafirma que sólo es posible alcanzar una verdadera democracia a través del Socialismo y, en tal sentido, rescata la defensa del ejercicio pleno de los derechos democráticos. Asume, del mismo modo, la tarea de hacer posible la socialización de los medios de producción y la planificación socialista, al mismo tiempo que la consolidación del desarrollo de la democracia.

Estima que la revolución es un proceso permanente y dialéctico de construcción de nuevos consensos nacionales y, en tal sentido, para el Partido, Democracia y Socialismo son conceptos íntimamente relacionados con la transformación revolucionaria de la sociedad.

3. Política de alianzas

En su política de alianzas, el Partido procurará el entendimiento con las fuerzas de Izquierda, en la perspectiva de conformar una gran coalición de lucha antidictatorial, sin exclusiones. El Partido cautelará activamente que exista una relación entre la conformación de la coalición y las aspiraciones populares manifestadas en un programa de acción.

Asimismo, en la construcción de un gran movimiento socialista, que exprese una síntesis histórica superior del desarrollo del socialismo en Chile, el Partido declara que su tarea fundamental y prioritaria será la reconstrucción de las bases políticas y orgánicas del instrumento partidario histórico; sin perjuicio de impulsar preferentemente el proceso del más amplio y profundo encuentro y acuerdo con todas las vertientes y sectores que tengan una definición socialista.

El Partido valora, en este mismo sentido, la creciente incorporación de masas cristianas a la lucha antidictatorial, por la Democracia y el Socialismo.

4. Las perspectivas de lucha

En este período sostenemos que el camino estratégico del PSCH debe unir creadoramente la lucha por la democracia y el socialismo, como una sola síntesis política, en un proceso ininterrumpido de construcción de la República Democrática de Trabajadores.

El principio rector de esta perspectiva estratégica es la lucha de masas y la más amplia participación del pueblo. En tal sentido reafirmamos la validez del Frente de Trabajadores como concepción de lucha e

instrumento que asegure la hegemonía de los trabajadores en la sociedad chilena.

Es imprescindible, por lo tanto, que en los esfuerzos por reconstruir las organizaciones sociales atacadas permanentemente por la dictadura, estén contenidos los rasgos básicos de las aspiraciones por refundar una democracia avanzada, amplia, participativa y gobernante para Chile en la perspectiva de la construcción socialista. Por ello es necesario politizar todas las luchas por las demandas populares, logrando que en las organizaciones que las articulan, el pensamiento y acción del Partido Socialista sea un elemento hegemónico en la lucha antidictatorial.

En función de esa perspectiva es vital y legítimo impulsar todas las acciones políticas contra la dictadura y construir creadoramente las metodologías políticas adecuadas, pues todas contribuyen al logro de los objetivos estratégicos del Partido.

Los desafíos de lucha hoy en Chile, en una sociedad transformada por la implantación de un modelo capitalista altamente represivo y de un régimen político dictatorial congruente con él, deben contar con la herramienta insustituible del PSCH, dado que su carácter nacional, popular, democrático y revolucionario le asigna la tarea de formular un proyecto de lucha capaz de convertirse en el elemento ordenador y convocante de las más amplias fuerzas sociales y políticas contra la dictadura.

5. Bases orgánicas para la unidad del partido

5.1. En este 19 de abril de 1983, día del Cinuenta Aniversario del PSCH, los diversos sectores socialistas que constituyen el CEP (Comité de Enlace Permanente) han analizado crítica y autocriticamente el proceso de diálogo, prácticas y acuerdos políticos unitarios desarrollados a través de esa instancia; asimismo, los cambios cualitativos y cuantitativos producidos en dichos procesos, especialmente con la incorporación de la totalidad histórica del partido estando de acuerdo plenamente en agilizar los procedimientos que aseguren una mejor acción y expresión del socialismo en nuestro país y al mismo tiempo en adoptar decisiones que permitan el paso a un grado superior en el proceso de integración y de reunificación de la fuerza socialista.

Como consecuencia, de lo anterior se ha decidido transformar esta instancia en un COMITE POLITICO DE UNIDAD SOCIALISTA (CPU), confirmando los propósitos de unificación total del so-

cialismo chileno a la brevedad, bajo los siguientes criterios:

5.1.1. El CPU será el órgano de dirección y representación política del PSCH en el período de reunificación partidaria y tendrá las atribuciones resolutorias necesarias para adoptar las medidas tendientes a la concreción de los objetivos de la unidad, en lo político y en lo orgánico, incluyendo aquellas que procedan para la realización del congreso de unidad.

5.1.2. Su carácter es provisorio y durará en funciones hasta la realización del CONGRESO DE UNIDAD que designará los cuerpos dirigentes definitivos del Partido. Desde ya se manifiesta la unánime voluntad y compromiso políticos de realizar tal evento.

5.1.3. Siendo un proceso de reunificación entre iguales, todos los sectores y tendencias participantes representadas en el CEP, tendrán representación igualitaria en el CPU.

5.1.4. El CPU estará formado por dos representantes por cada sector o tendencia, uno de ellos alterno. Esto últimos, además de cumplir ese rol, desempeñarán las funciones que el CPU les asigne.

5.1.5. La función de Dirección la tendrá el órgano colectivo denominado CPU y la representación será colectiva y colegiada, no existiendo ningún estatus superior unipersonal. En todo caso, las funciones asignadas a cada miembro componente son de responsabilidad individual sometida a la sanción colectiva del CPU. Las funciones administrativas del CPU serán rotativas.

5.1.6. Los derechos de la minoría están garantizados. Deberán procurarse los mecanismos para que las decisiones al interior del CPU sean tomadas por consenso de sus integrantes. Si así no ocurriese, serán tomadas por el voto conforme de los dos tercios de sus miembros en ejercicio.

5.1.7. Los criterios básicos para la conformación de toda y cualquiera estructura interna del Partido son los de la democracia interna, de la integración y de la funcionalidad.

5.1.8. El CPU será una instancia destinada a superar las diferencias políticas que subsistieran y crear las bases (reglamentación) para la convocatoria del Congreso General de Unidad.

5.1.9. En lo fundamental, el CPU cautelará la unificación de los sectores de procedencia histórica y rechazará la bimilitancia.

5.1.10. La dirección política y orgánica del PSCH estará en Chile y, por de pronto, hasta el

Congreso de Unidad el CPU, asume la responsabilidad de la conducción del proceso unitario y de la acción del socialismo chileno, tanto en el interior como en el exterior.

5.2. Tareas inmediatas del CPU.

5.2.1. Inmediatamente de constituido el CPU deberá elaborar un plan de integración y de desarrollo orgánico del Partido y tomar las medidas para su implementación.

5.2.2. Asimismo, deberá elaborar un programa encaminado a definir la opción democrática y popular del PSCH, que oriente unitariamente la acción política de la militancia en este período de lucha an-

tidictatorial, que sirva de elemento convocante a un amplio espectro de fuerzas políticas y sociales.

5.2.3. El CPU elaborará un itinerario de actividades y eventos para la consecución y desarrollo del proceso unitario hasta culminar en el Congreso General de Unidad Partidaria.

Santiago de Chile, 19 de abril de 1983

NOTA.—La presente acta fue firmada por: PSCH (sector Almeyda), PSCH (Sector 24 Congreso-SIMON/CONSENSO), MAS-USOPO, SECTOR HUMANISTA (ligado a ARAS), INTELECTUALES.

ARTE

VIDRIOS DE AMOR

Magda Portal (peruana)

¿Con cuántas lágrimas me forjaste?
he tenido tantas veces
la actitud de los árboles suicidas
en los caminos polvorientos y solos

secretamente, sin que lo sepas
debe dolerte todo
por haberme hecho así, sin una dulzura
para mis ácidos dolores

¿de dónde vine yo con mi fiereza
para conformarme?
yo no conozco la alegría
carrousel de niñez que no he soñado nunca

¡ah! — y sin embargo
amo de tal manera la alegría
como amarán las amargas plantas
un fruto dulce

madre
receptora alerta
hoy no respondas porque te ahogaría
hoy no respondas a mi llanto
casi sin lágrimas

hundo mi angustia en mí para mirar
la rama izquierda de mi vida

que no haya puesto sino amor
al amasar el corazón de mi hija

quisiera defenderla de mí misma
como de una fiera
de estos ojos delatores
de esta voz desgarrada
donde el insomnio hace cavernas

y para ella ser alegre, ingenua, niña
como si todas las campanas de la alegría
sonaran en mi corazón su pascua eterna

LIBROS Y REVISTAS

Sindicalismo y política
en América Latina.

Julio Godio. Caracas. 1983.

Julio Godio, argentino, es experto laboral del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS). Este conjunto de trabajos será de gran utilidad para los dirigentes sindicales, ya que expone con exactitud y sobriedad un completo panorama de la realidad económica y social del continente.

Cancionero socialista.

Editado por la juventud
socialista de Chile. Noruega.

Un interesante aporte de los jóvenes socialistas chilenos residentes en Noruega, como homenaje al 50 aniversario de la fundación del partido. Entre otras cosas, aporta una versión histórica del origen de la marselesa socialista, himno partidario.

Poemas, cuentos y novelas cortas.

Obras premiadas en el concurso literario
del Ayuntamiento de Leganés.

La Delegación de Cultura y Relaciones Sociales del Ayuntamiento de Leganés ha editado, en un cuidado volumen, las obras premiadas en los concursos literarios 1982-1983. Una muestra selecta del aporte intelectual de nuevos valores de esa zona.

Bolivia: los socialistas y la liberación nacional.

Marcelo Quiroga Santa Cruz. México. 1982.

La Universidad Autónoma de Guerrero, México, ha dado a conocer este estudio del líder socialista boliviano, asesinado alevosamente por una pandilla militar. En este estudio brilla el pensamiento didáctico de un auténtico combatiente por la libertad.

América Latina: marxismo y liberación
en los planteamientos pioneros.

Pablo González Casanova. México. 1982.

Se trata de un estudio debido a la pluma del ex rector de la Universidad Autónoma de México (UNAM), que contiene una interesante y novedosa documentación sobre el tema.

OTRAS PUBLICACIONES RECIBIDAS

- Cidamo Internacional*. N.º 7. México.
Indianito. N.º 10. Bergen. Noruega.
La República. Vocero argentino. N.º 23. París.
Nueva Sociedad. N.º 64. Caracas. Venezuela.
Boletín Internacional. N.º 9. Instituto por el Nuevo Chile. Rotterdam.
Combate. Febrero 1983. Spanga. Suecia.
Poder Obrero. N.º 19/20. Spanga. Suecia.
Socialism in the World. N.º 35. 1983. Belgrado.
Boletín Internacional. N.º 3. Comisión Derechos Humanos de Guatemala.
Boletín Socialista Internacional. N.º 82. PS Uruguayo.
Chile-América. N.º 84-85. 1983. Roma.
Comité Sindical Chile. Manifiesto del 1.º de Mayo. Bruselas.
Política Internacional. N.º 795. 1983. Belgrado.
Boletín Informativo. PS de Chile. Marzo-Abril 1983. Rotterdam.
La política internacional del Partido Socialista. Berlarmino Elgueta. Escuela de Socialismo Eugenio González. 1983. Noruega.

